

Pablo García, C.P.

**LA HUMILDE TEJEDORA  
DE PIANSAÑO**



**LUCIA BURLINI**

**Pablo García, C.P.**

**LUCIA BURLINI**

**LA HUMILDE TEJEDORA DE  
PIANSANO**

**PP. PASIONISTAS  
Apartado. 287  
50080 ZARAGOZA (ESPAÑA)**

*A todos los que trabajan y se  
santifican en el Movimiento Secular  
Pasionista.*

Cubierta: Bernardino N. Bordo  
Ilustraciones: Juan Antonio Fernández Doblas

© PP. Pasionistas.  
Apartado 287  
50080 ZARAGOZA (ESPAÑA)  
Fotocomposición: Lente, S.A.  
Impresión: Gráficas Lizarru, S.L.  
I.S.B.N.: 84-604-5218-2  
D.L.: NA. 130-1993

## INTRODUCCION

Después de escribir este pequeño libro, te lo presento. Espero que te guste y, sobre todo, que te ayude espiritualmente. En cuanto a mí, he de decirte que pocas veces he escrito tan a gusto y con tanta facilidad como en esta ocasión. A medida que iba escribiendo, el tema se me iba haciendo cada vez más fascinante por su sencillez y por su actualidad, a pesar de que el personaje de que trata vivió hace ya más de dos siglos. Pero por eso llama hoy más la atención y despierta mayor interés. ¡Los caminos de Dios!

El libro presenta sencillamente a una mujer del pueblo, Lucía Burlini, trabajadora y analfabeta, que llegó a la edad, para entonces tan avanzada, de casi 79 años y que vivió y murió como una santa bajo la dirección espiritual de san Pablo de la Cruz, fundador de los religiosos y religiosas pasionistas.

Los santos sublimaron el amor humano, y son muchos lo que compartieron ese amor de modo muy especial con alguna o algunas mujeres, de tal manera que difícilmente podrían entenderse su santidad y sus obras

sin ellas. Tenemos numerosos ejemplos ya desde la antigüedad: S. Agustín y Sta. Mónica, S. Benito y Sta. Escolástica, S. Francisco de Asís y Sta. Clara (recuérdese la película «Hermano Sol, Hermana Luna»), S. Juan de la Cruz y Sta. Teresa de Jesús, S. Francisco de Sales y Sta. Juana de Chantal y, ya en tiempos más cercanos, el P. Germán y Sta. Gema, o el P. Arintero y la M. Magdalena Marcucci, más conocida por el seudónimo de J. Pastor.

También san Pablo de la Cruz, a pesar de su austeridad y desprendimiento de todo lo creado, tuvo un corazón sumamente sensible, que sintonizó perfectamente, sobre todo, con tres almas de mujer: con Inés Grazi, con Rosa Calabresi y con Lucía Burlini. A la primera le hizo versos espirituales y le escribió muchísimas cartas. La segunda estuvo dirigida por él durante ocho años, pero no llegó a conocerle personalmente hasta 1775, poco antes de su muerte en el convento de los Santos Juan y Pablo, de Roma, donde durante dos meses tuvo casi diariamente coloquios espirituales con él. Ella fue la confidente más íntima de san Pablo de la Cruz y en los momentos de su más plena madurez espiritual y humana.

Pero a la que más quiso fue, tal vez, a Lucía Burlini. Ella misma dice a este respecto: «(Él, Pablo de la Cruz)....., me decía que aunque se hubiera deshecho de todas las demás personas de las que había tomado la dirección espiritual, no hubiera hecho lo mismo conmigo».<sup>1</sup>

<sup>1</sup>Proceso Ordinario di Corneto, ff. 445s. En citas posteriores: POC más el folio correspondiente.

No sé si esto sería por ser ella de clase más humilde o, más bien, por sintonizar mejor con la espiritualidad de san Pablo de la Cruz y con la fundación de los religiosos y de las religiosas pasionistas. O tal vez porque en ella veía mejor la obra de Dios en su alma sencilla y pura.

Se me olvidaba decir —y esto es muy importante— que las tres: Inés Grazi, Rosa Calabresi y Lucía Burlini fueron seglares y vivieron siempre en el mundo y en la familia.

Aunque las tres alcanzaron un grado muy alto de perfección, hasta ahora la Iglesia ha reconocido únicamente la santidad heroica de Lucía Burlini, declarada ya Venerable. Ella es un modelo maravilloso para la mujer de nuestros días, modelo de vida totalmente consagrada a Dios en la virginidad y el trabajo, y modelo también para todos los que tratan de santificarse en el Movimiento de Vida Ascendente, ya que murió anciana venerable de 79 años menos unos días.

Pero yo diría que Lucía Burlini es modelo, sobre todo, para cuantos —hombres y mujeres— militan en el *Movimiento Seglar Pasionista* en todas sus formas. Y esto no sólo porque fue dirigida predilecta de san Pablo de la Cruz, como ya hemos indicado, sino particularmente porque toda su espiritualidad está centrada en la pasión de Jesús. Esta espiritualidad fue la que animó, sostuvo, fortaleció y dio sentido a toda su vida. Por el buen camino del Calvario, la humilde tejedora de Pianzano llegó a la santidad. Y es que quien sigue este camino sin cansarse, cualquiera que sea su estado y sus con-

diciones de vida, termina siempre santificándose y ayudando a santificarse también a los demás que están a su alrededor.

Lee este pequeño libro y verás cómo es así. Para escribirlo me he servido, sobre todo, de la obra *La Venerable Lucía Burlini. Biografía Crítica*, de Bernardino Narciso Bordo, el mejor conocedor de Lucía Burlini; de *San Paolo della Croce. Storia Critica*, de E. Zoffoli, y de las *Cartas de san Pablo de la Cruz*, en su original italiano.

## VOCACION A LA SANTIDAD

Si preguntas a un niño o a joven qué quiere ser el día de mañana, la respuesta será ciertamente muy variada: Médico, artista, mecánico, futbolista, enfermera, etc., etc., etc. Pero por mucho que preguntes, seguramente que ninguno te contestará: Yo quiero ser «santo». Y sin embargo, todos tenemos el oficio o la vocación de ser santos. Y no sólo el día de mañana, sino ya hoy, en el momento presente, cualquiera que sea nuestra edad, nuestro sexo o nuestra condición social.

La santidad no es un lujo o un ideal facultativo o un privilegio de algunos, sino una exigencia intrínseca de la vida cristiana. La invitación de Jesús a la santidad se dirige a todos los bautizados, los cuales, aunque con diversas funciones, constituyen juntos la prolongación de Cristo a través del misterio de la Iglesia, su cuerpo místico.

El Concilio Vaticano II recuerda con fuerza, con insistencia, casi con pesadez, que no sólo los obispos, los sacerdotes y los religiosos están llamados a la santidad.

sino también los seglares, sea cual sea el marco de su actividad o de su situación temporal. «En la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad».<sup>1</sup>

El seglar es, por tanto, un cristiano «de primera clase», en nada inferior a los sacerdotes y religiosos respecto de la plena realización de la vida sobrenatural, requerida por la consagración bautismal. La vocación del seglar, en cuanto cristiano, es una vocación a la santidad. «Todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad», esto es, a la santidad.<sup>2</sup>

La invitación del Señor, repetida insistentemente por los Apóstoles, se dirige a todos los fieles: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto».<sup>3</sup> «Esto quiere Dios de vosotros: una vida santa».<sup>4</sup>

Aunque es cierto que la mayor parte de los santos canonizados por la Iglesia son sacerdotes, obispos y religiosos, también lo es que hay no pocos que han vivido en el mundo, que son seglares en todos los campos de la actividad humana y en todas las esferas sociales. Los hay niños, adolescentes, jóvenes y adultos. Los hay casados, padres y madres de familia, y solteros. Los hay hasta pobres mendicantes, como san Benito José Labré,

<sup>1</sup> *Lumen Gentium*, n. 39

<sup>2</sup> *Ib.* 40

<sup>3</sup> Mt 5, 48

<sup>4</sup> 1 Tes 4, 3

que tenía que pasar las noches a la intemperie o bajo los arcos de las ruinas del Coliseo de Roma, y reyes que vivieron la santidad en lujosos palacios y en medio de las cortes europeas. También los hay labradores, como san Isidro y santa María de la Cabeza, que en los campos de Madrid, cuando éste no era más que una pequeña villa, se santificaron en su contacto con la tierra y la naturaleza.

Y ¿qué diremos de santa Gema Gulgani que, aunque quiso hacerse religiosa, no lo pudo conseguir y así vivió y murió en el mundo en medio de las mayores dificultades y hecha copia viviente de Jesús crucificado?

Del 1 al 30 de octubre de 1987, se celebró en Roma un Sínodo de los Obispos sobre los laicos. En el Mensaje del Sínodo al Pueblo de Dios se decía textualmente: «Todos estamos llamados a ser santos como el Padre que está en los cielos, según nuestra vocación específica» (n. 4). Y en ese mismo mes de octubre, el Papa Juan Pablo II elevaba al honor de los altares a varios seglares, como testimonio de que efectivamente también ellos están llamados a la santidad y de que la santidad es posible, aun viviendo en medio del mundo y ocupados en las cosas temporales. Como dijo luego el Papa en la Exhortación Apostólica «*Christifideles laici*» (Los fieles laicos), donde ofrece oficialmente los frutos de ese Sínodo de los Obispos, «todo el pueblo de Dios, y los fieles laicos en particular, pueden encontrar ahora nuevos modelos de santidad y nuevos testimonios de virtudes heroicas vividas en las condiciones comunes y ordinarias de la existencia humana» (n. 17).

Entre esos modelos de santidad que la iglesia nos propone, destaca el de una mujer humilde del pueblo, trabajadora, que no sabía escribir y apenas leer, pero que, sin embargo, llegó a las cumbres más altas de la unión con Dios y de la perfección cristiana. Su nombre es Lucía Burlini.

El día 23 de octubre de 1987, durante la celebración del Sínodo de los Obispos sobre los laicos, el Papa Juan Pablo II aprobó el decreto de la Congregación para las Causas de los Santos en el que se decía que la Sierva de Dios Lucía Burlini había practicado en grado heroico las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad para con Dios y para con el prójimo, así como también las virtudes cardinales de la prudencia, justicia, fortaleza y templanza y sus anejas. Por dicho decreto, Lucía Burlini era declarada «Venerable» y propuesta como modelo de santidad y de fidelidad a su vocación cristiana.

Pues bien, en este pequeño libro te voy a contar algunas cosas de esta mujer sencilla, del pueblo y trabajadora, que tuvo que ganarse el pan con el trabajo de sus manos y el sudor de su frente. Estoy seguro de que el ejemplo de Lucía Burlini te ayudará también a ti, sobre todo si eres seglar, a trabajar por conseguir aquello que Dios y la Iglesia esperan de ti, como desarrollo de la gracia que un día recibiste en el bautismo: la santidad.

Que en adelante, si alguno te pregunta qué quieres ser en la vida, le puedas responder con verdad: Quiero ser «santo»... o «santa», en la certeza de que, si realmente lo quieres, lo conseguirás.

## ABRIRSE A LA VIDA

Piansano es un pueblo de Italia en la región del Lacio, provincia de Viterbo, a unos cien kilómetros al noroeste de Roma. A principios del siglo dieciocho, tenía escasamente unos mil habitantes y sus gentes sencillas, profundamente religiosas, vivían, sobre todo, de la agricultura. La vida era dura y había que trabajar mucho la tierra para que ésta les diera suficientes medios de subsistencia.

El joven matrimonio, Pedro Burlini y Cristófora Bianchi, ocupaba la planta baja de la casa de Andrés Burlini, el padre de Pedro, que vivía en el piso de arriba junto con otros dos hijos, Ambrosio y Santos.

El día 24 de mayo de 1710, sábado, dicho matrimonio se vio bendecido de manera especial por Dios con el nacimiento de una niña, a la que bautizaron el mismo día poniéndole el nombre de Lucía, que era también el de su abuela paterna, fallecida hacía ya algunos años.

Lucía tendría luego una hermanita, Catalina Antonia, y, dos años más tarde, un hermano, Domingo Anto-





«Gracias a los padres..., los hijos... encontrarán más fácilmente el camino de la salvación y de la santidad» (Conc. Vat. II). La madre sobre todo ejerció grande influencia en la formación espiritual de Lucía.

nio. Pero los dos volaron pronto al cielo. Sólo un tercer hermano, Francisco Antonio, sobreviviría y permanecería siempre a su lado. Sin duda que esta experiencia de nacimiento y de muerte dejaría una huella profunda en el alma tierna de Lucía.

La abuela materna, Catalina Sabatini-Bianchi, vivía también cerca de su casa.

La joven familia Burlini se sentía feliz en medio de sus trabajos y dificultades. El padre se dedicaba al cultivo de unas tierras que tenían, y la madre a atender al hogar y al trabajo en un rústico telar, también suyo, en el que hacía tejidos y telas para su familia y para venderlos en el pequeño mercado del pueblo. Este telar sería luego santificado por Lucía, ya que, desde su adolescencia hasta su muerte a los setenta y nueve años menos unos días, sería allí donde, con su trabajo, santificaría toda su vida.

Su hogar era un hogar cristiano, donde se trabajaba, se rezaba y se vivía un ambiente de fe, de amor y de esperanza. En él, Dios ocupaba el lugar más importante. Esto se manifestaba, sobre todo, en la madre, en Cristófora, a la que san Pablo de la Cruz, escribiendo a Lucía después de su muerte, llamaría «*vuestra buena madre*» y también «*vuestra piadosísima madre*». Francisco Antonio, el hermano, hablando de una conversación que luego tuvo como el santo, afirma que éste «*me dijo que mi madre... había ido al paraíso y que él mismo la había visto ir*».<sup>1</sup>

<sup>1</sup> POC, f. 296; cf. Bernardino. N. Bordo, *La Venerabile Lucia Burlini*, Roma 1988, p. 106.

Como enseñaría luego el Concilio Vaticano II, «*gracias a los padres. que precederán con el ejemplo y la oración en familia, los hijos... encontrarán más fácilmente el camino del sentido humano, de la salvación y de la santidad*».<sup>7</sup>

En Piansano había una pequeña escuela de la diócesis, dirigida por religiosas y llamada la Escuela Pía. Aunque no se tiene ningún documento exacto de cuándo comenzó a frecuentar dicha escuela, sí se sabe que Lucía comenzó de muy pequeña, tal vez a los cinco años. El interés de sus padres, sobre todo de su madre, por darle una buena educación cristiana era muy grande. Así, entre el hogar y la escuela fueron formando el alma y el corazón de la pequeña Lucía, preparando los caminos del Señor para las maravillas que luego él haría en su alma dócil. En dicha escuela aprendió oraciones, enseñanza religiosa y algunos pequeños trabajos que formaban parte del ajuar de la mujer del siglo dieciocho. Por más extraño que parezca a nuestra mentalidad de hoy, no se enseñaba a las niñas a leer ni a escribir, por creerlo superfluo en una mujer de entonces.

Aunque no tenemos ningún documento, por la práctica de las familias de Piansano en aquella época, es de suponer que recibiría el sacramento de la confirmación a la edad aproximada de los seis años, y que lo haría, como era costumbre en el lugar, en la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, celebrada el primer domingo de octubre y denominada simplemente «La Fiesta».

<sup>7</sup> Conc. Vat. II, *La Iglesia en el mundo actual*, n. 48.

Tampoco tenemos ningún documento acerca de cuándo hizo la primera comunión. Según la costumbre del lugar, es de suponer que la haría a los doce o trece años y que sería en uno de los primeros domingos después de Pascua de Resurrección. A esa edad, ella se daba bien cuenta de la gran importancia que Jesús Sacramentado iba a tener en su vida, ya que siempre estuvo deseosa de recibir la sagrada comunión lo más frecuentemente que le permitieran las costumbres de entonces y su director espiritual.

A esta primera comunión la prepararon con especial esmero su piadosa madre y las religiosas del colegio. Sin duda que ése sería un día muy grande para Lucía.

Como puede verse, hasta ahora no hay en ella ninguna cosa especial ni llamativa. Era sencillamente una niña de pueblo, de familia piadosa y trabajadora, pero nada más. Como las otras niñas de su edad y de su pueblo. Sin embargo, el sacerdote Juan Antonio Lucattini escribiría de ella años después que «*ya desde pequeña se dedicó a la práctica de las virtudes cristianas esto es, a la obediencia, a la humildad, a la abstinencia, al retiro y a la santa oración mental*».

Pero si no hay nada especial que preanuncie su futura santidad en estos primeros años de su vida, sí disponemos de algunos datos, que indican que halló la primera guía y ayuda espiritual en su madre y en las Maestras Pías del colegio de Piansano. De estas últimas escribe un historiador: «*Precisamente por aquel tiempo frecuentaba la escuela una niña que sería grande a los ojos de Dios. Se llamaba Lucía Burlini. Bajo la direc-*

*ción de las celosas maestras, la niña crecía piadosa y santamente y más adelante veremos a qué altura de santidad llegó, hasta poder ser llamada por san Pablo de la cruz «una gran Sierva de Dios». Ella fue una de las flores más selectas de las Escuelas» (de las Maestras Pías).<sup>1</sup>*

<sup>1</sup> P. Bergamaschi, *Vita del Servo di Dio card. M. A. Barbarigo*, vol. 2, Montefiascone 1919; cf. E. Zoffoli, *S. Paolo della Croce, Storia Critica*, III, Roma 1968, pp. 70-71, nota 75.

## EL TRABAJO

En la creación, Dios encomendó al hombre el cultivo de la tierra. Pero esto no era trabajo, sino recreo y placer, como cuando uno cultiva las flores de su jardín, se pasea por el bosque o pilota un lujoso yate en un mar azul y soleado.

Fue el pecado el que cambió radicalmente las cosas. Lo que antes era ocupación gozosa y placentera se convirtió en trabajo duro y laborioso. El hombre tendría que ganarse el pan con el sudor de su frente. Y lo peor es que ese trabajo y ese sudor eran castigo por el pecado.

Pero al llegar la plenitud de los tiempos, Dios, en su infinita misericordia, quiso redimir al hombre y redimir su trabajo. Y así, en la persona de Jesucristo, Dios se hizo hombre y se hizo trabajador. Jesús era conocido en su pueblo como el hijo del carpintero y él mismo trabajó en un taller. Desde entonces el hombre y el trabajo recobraron su dignidad primera, porque, aunque el hombre siguió siendo hombre y pecador, ahora podía hacerse santo e hijo de Dios, y, aunque el trabajo continuó siendo



«Con la oblación de su trabajo a Dios, los hombres se asocian a la obra redentora de Jesucristo» (Conc. Vat. II).

penoso y duro, ahora puede hacerse redentor y santificador. El trabajo no es ya castigo, sino premio; no es degradante, sino dignificador. El pan ganado con el sudor y la fatiga no es ya amargo, duro y desabrido, sino sabroso y reconfortante.

Desde entonces, ¡cuántas almas se han santificado con su trabajo! Porque, como enseñaría el Concilio Vaticano II, «*con el trabajo, el hombre provee ordinariamente a la propia vida y a la de sus familiares; se une a sus hermanos los hombres y les hace un servicio; puede practicar la verdadera caridad y cooperar con la propia actividad al perfeccionamiento de la creación divina. No sólo esto. Sabemos que, con la oblación de su trabajo a Dios, los hombres se asocian a la propia obra redentora de Jesucristo, quien dio al trabajo una dignidad sobreeminente, laborando con sus propias manos en Nazaret*».<sup>1</sup>

### LUCIA BURLINI, MUJER TRABAJADORA

Lucía Burlini, como diría ella más tarde, no era «*ni rica ni pobre*»; pertenecía sencillamente a la clase trabajadora. Y, aunque muchas veces sintió deseos de consagrarse a Dios en la vida religiosa de clausura, lo cierto

<sup>1</sup> Conc. Vat. II, *Gaudium et spes*, n. 67.

es que, por diversos motivos que expondremos más adelante, tuvo que quedarse en el mundo y hacer vida se-  
glar.

Poco a poco y al lado de su madre, Lucía fue aprendiendo a manejar el telar familiar, teniendo que dedicarse a él casi totalmente desde su adolescencia, ya que su buena madre, Cristófora, tenía que ir al campo por enfermedad de su esposo y porque las tierras eran poco generosas en dar sus cosechas.

Y aquí tenemos ya a la futura Venerable Lucía Burlini, trabajando todo el día en un pobre y humilde telar, toscos y rudimentario como todos los telares de los pueblos de aquel tiempo. En medio del ruido, de los peines, de los hilos y de los tejidos que hacía, ella trataba de mantener su espíritu unido con Dios por medio del recogimiento, santificando así su trabajo duro de cada día.

El lugar era húmedo, la ventilación escasa, la labor de cada día, larga y penosa entre el pedal, la lanzadera, el lino y el cáñamo. Además era monótona y en solitario, sin comunicarse con nadie, sino con Dios.

La humedad deterioraría pronto su salud. En cambio, la soledad sería para ella el ambiente apropiado y favorable para vivir unida a Dios y conversando en dulce amistad con él, haciendo realidad aquello de que «nunca estoy menos solo que cuando estoy solo». Precisamente en este trabajo solitario, san Pablo de la Cruz vería luego una condición muy favorable para desarrollar más y más la intensa vida interior de su dirigida.

## Y ADEMÁS, LAS FAENAS DE CASA

Pero, como sucede a tantas mujeres trabajadoras de nuestros días, además del trabajo en el telar, Lucía tenía que hacer las faenas de casa, ya que, por enfermedad de su padre, su madre tuvo que hacerse pronto cargo con su hijo de las tareas del campo. A la muerte de ésta el 14 de mayo de 1748, cuando Lucía tenía sólo 37 años, ella fue la única mujer en la casa de los Burlini, ya que su hermano Francisco Antonio todavía no se había casado.

La humilde tejedora de Piansano encontraba a Dios entre los pucheros de la cocina, al hacer las camas, limpiar las habitaciones, lavar, planchar y cuidar la ropa, y hacer todas las demás cosas de la casa. Cuando contrajo matrimonio su hermano, que se quedó a vivir con ellos y tuvieron nada menos que nueve hijos, también ella ayudó no poco a su cuñada en el cuidado y atención de los mismos.

Como si esto fuera todavía poco, una hermana de su madre, que vivía sola, cayó gravemente enferma. La trajo a su casa y allí es principalmente Lucía la que cuida de la tía durante casi un año, hasta que se pone buena. Y es que, como dice el Papa Juan Pablo II, «para que puedan responder a su misión, los fieles laicos deben considerar las actividades de la vida cotidiana como ocasión de unión con Dios y de cumplimiento de su voluntad, así como también de servicio a los demás hombres, llevándoles a la comunión con Dios en Cristo».<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Exhort. Apost. *Christifideles laici*, n. 17.

Aunque dedicaba largas horas a la oración y a la vida espiritual, Lucía fue siempre una mujer práctica y con los pies bien puestos en tierra. Ni la oración fue impedimento en ella para la acción, sino que la estimuló, ni el trabajo y la acción fueron nunca obstáculo para su intensa vida interior y de comunicación con Dios. Mística y laboriosa, supo combinar maravillosamente en sí las dos actitudes evangélicas de Marta y de María en su comportamiento con Jesús.

Viviendo en el mundo, desde dentro, desde ese mismo mundo, con su santidad y con su trabajo contribuyó eficazmente a su salvación y santificación. Porque, como enseñaría muchos años más tarde el Concilio Vaticano II, los fieles laicos *«son llamados por Dios para contribuir desde dentro, a modo de fermento, a la santificación del mundo mediante el ejercicio de sus propias tareas, guiados por el espíritu evangélico, y así manifiestan a Cristo ante los demás...»*.<sup>1</sup>

Como se dirá a su debido tiempo, Lucía Burlini murió un 1 de mayo, hoy Día del Trabajo y de S. José Obrero. Esta coincidencia no deja de ser un presagio providencial, ya que la humilde tejedora de Piansano es un modelo maravilloso de santidad para todos, especialmente para los obreros y más particularmente para la mujer de casa y trabajadora de nuestros días.

<sup>1</sup>Ib. n. 15.

## EN BUSCA DE DIRECTOR ESPIRITUAL

Aunque Lucía tenía ya veinte años, nunca pensó que el matrimonio sería el estado de vida al que el Señor la llamaba. Ella quería ser toda y exclusivamente de Dios, entregarse del todo a él. Pero se encontraba confusa, no sabía qué hacer ni cómo.

Quizá había hablado de esto con su madre, quizá se lo había confiado también a algún sacerdote. Ciertamente se había desahogado con una prima suya llamada Catalina y que vivía en Cellere, pueblo distante unos pocos kilómetros de Piansano.

En la cuaresma de 1734, el P. Pablo de la Cruz predicaba una misión precisamente en Cellere. Catalina había quedado fuertemente impresionada por su primer sermón y pensó: tal vez éste sea el director espiritual que necesita Lucía, capaz de entenderla y de guiarla debidamente por los caminos de Dios.

Y, ni corta ni perezosa, se lo comunicó a su prima, invitándola a su casa para que, desde allí, pudiera asistir a todos los actos de la misión.

Era el atardecer cuando Lucía llamó a la puerta de su prima de Cellere y, nada más cenar, fueron las dos a la iglesia a oír el sermón. Catalina tenía razón. Lucía quedó tan impresionada, que sintió un deseo incontenible de confesarse con el P. Pablo y, sobre todo, de abrir su alma a aquel hombre de Dios, que parecía tan cercano a su manera de sentir las realidades más íntimas del alma.

Antes de conseguir hablar con él en el confesonario, tuvo que esperar largas horas e insistir tres veces. Tal era la afluencia de penitentes que querían confesarse con el santo misionero.

## PRIMER ENCUENTRO CON SAN PABLO DE LA CRUZ

Cuando al fin pudo confesarse con él, Lucía le abrió de par en par su alma y su corazón, y le pidió que la orientara sobre la situación espiritual en que se encontraba. Antes de darle ningún consejo, el P. Pablo de la Cruz quiso informarse discretamente de sus condiciones familiares, sus aspiraciones e incluso las ocupaciones a las que se dedicaba. La joven mostró una insólita facilidad y desenvoltura al revelar todo sobre sí misma.

Muchos años más tarde, en los procesos de canonización de san Pablo de la Cruz, declararía ella misma: *«Habiéndole manifestado mi deseo de consagrarme al Señor, el P. Pablo de la Cruz mostró una gran satisfacción, sobre todo cuando le dije que era soltera, que nun-*

*ca había hecho el amor y que trabajaba en un telar, lo cual él juzgó muy apropiado para permanecer recogida y alejada de los peligros que pueden encontrarse yendo a las faenas del campo».*<sup>1</sup>

Los recuerdos de aquella primera conversación con san Pablo de la Cruz permanecieron siempre nítidos en la mente de Lucía, con las tres características de su situación personal: que era soltera, que no había aceptado proposiciones de matrimonio y que trabajaba en un telar. Nítida también en su memoria estaba la tensión interior que los explicaba suficientemente: el deseo de ofrecerse al servicio del Señor, es decir, de entrar en un convento de clausura.

El santo se mostró particularmente satisfecho del relato de la penitente, sobre todo cuando supo que trabajaba en un telar y sola. Comprendió que toda aquella riqueza interior había podido conservarse íntegra, es más, desarrollarse constantemente por la soledad laboriosa y el silencio del taller.

El coloquio, forzosamente breve por la gran afluencia de penitentes que esperaban confesarse con el santo misionero, resultó una revelación estupenda para ambos interlocutores; para Lucía, porque comprendió que, al fin, había encontrado un guía seguro; para Pablo de la Cruz, porque ya desde el primer momento intuyó en aquella joven una de las almas que más merecerían su asistencia. Los pocos consejos que entonces le pudo dar

<sup>1</sup> Cf. Bernardino N. Bordo, *La Venerabile Lucia Burlini, Biografia Critica*, Roma 1969, p. 67.

resultaron en seguida los más convenientes para garantizar un amplio respiro al espíritu. Lucía los recordará toda su vida. Se le habían grabado profundamente en el corazón.

Desde entonces y durante catorce años, Lucía trató de tener, en uno u otro pueblo del Alto Lacio, un coloquio, aunque breve, con san Pablo de la Cruz. Para ello interrumpía su actividad laboral en el telar y se exponía a los riesgos que aquellos viajes tenían, por los bandidos y los lobos que infestaban la comarca. También a las incomodidades que comportaban entonces los viajes.

Cuando tenía noticias de que san Pablo de la Cruz se encontraba en alguna población cercana, examinaba detenidamente su situación espiritual, la resumía e iba inmediatamente a exponérsela, para obtener de él ulteriores aclaraciones y una palabra de aprobación, de aliento y de consejo.

Este período de viajes y de esperas sería el más movido de su vida, que, por lo demás, se desarrollaría casi totalmente en el ámbito de un pueblo de provincia y en condiciones sociales nada propicias para conseguir ninguna notoriedad.

En adelante y hasta la muerte de san Pablo de la Cruz en 1775, de viva voz o por carta, él será su director espiritual, que le dedicará un cariño y una atención muy especial. «*Pocos días después...* —dirá ella en el proceso de canonización de san Pablo de la Cruz— *me llega una carta del mismo en la que me decía que, si bien por sus ocupaciones hacía algún tiempo que no me escribía, no me había sin embargo abandonado: antes bien, aun-*

*que hubiera dejado a todas las demás personas de las que había tomado la dirección espiritual, no hubiera hecho lo mismo conmigo. Por su caridad, ha cumplido su palabra».*<sup>2</sup>

## CONFIDENCIAS DE S. PABLO DE LA CRUZ CON SU DIRIGIDA

San Pablo de la Cruz la dirigía espiritualmente, pero también le pedía oraciones y consejo en momentos difíciles para él y para la congregación pasionista, ya que sabía muy bien que Lucía recibía luces especiales de Dios. Parece como si el santo no tuviera secretos con ella. Le hablaba de todo: dificultades en las últimas fundaciones pasionistas, vocaciones titubeantes, muertes inesperadas en alguna comunidad particular, ilusiones de ver elevado su instituto al rango de orden religiosa y, sobre todo, proyectos e incertidumbres acerca de la fundación tan deseada de las monjas de clausura. Además, y esto es acaso lo más tierno, acudía a ella en busca de consuelo en los momentos más duros para él, en los que se sentía solo, como abandonado por Dios y perseguido por los hombres y por los demonios, que a toda costa querían hacer fracasar la congregación que él estaba fundando. En este sentido es especialmente conmovedora la carta que, el día 1 de julio de 1752, escribe a Juan Antonio Lucattini para él y para Lucía. De ella entresacamos estos párrafos tan significativos:

*«Compadeceos de mí al menos vosotros Siervos de*

<sup>2</sup> POC, ff. 445s.



Dios, porque la mano del Señor ha caído sobre mí... Me encuentro en una tribulación tan grande, como no la he tenido nunca hasta ahora... He perdido el apetito y no puedo dormir, pues durante el sueño estoy temblando de miedo, como si en la mañana tuviera que ser llevado a la horca...

«Recurro a la caridad de los amigos de Dios, especialmente de Lucía, suplicándola que dé alguna limosna al pobrecillo que escribe, pidiendo ardientemente al Señor, tanto en sus oraciones como en la santísima comunión, por nuestras grandes, grandísimas necesidades....

«Será un milagro que mi pobre humanidad no ceda... Expongan Lucía y usted nuestras necesidades al Señor... ¡Ay, por caridad, por caridad pidan ardientemente al Señor que nos socorra en tantas necesidades!

«Si Lucía y usted me hicieran la caridad de decirme algo para aconsejarme... No puedo más...».<sup>1</sup>

Esto es ciertamente desgarrador y nos da una idea de las grandes tribulaciones por las que pasan a veces los santos. Pero al mismo tiempo nos indica también la gran estima en que san Pablo de la Cruz tiene a Lucía, cuánto confía en su valioso poder de intercesión ante Dios, y cuánto aprecia su consejo. Sabe que ella es muy querida del Señor y que de él recibe luces muy especiales, sobre todo en la oración y en la sagrada comunión.

<sup>1</sup> *Lettere di S. Paolo della Croce*, Roma 1924. En citas posteriores: L más el vol. y p. correspondientes. Aquí L II, p. 821.

## PLAN DE VIDA

Para que uno pueda hacer algo importante en la vida, tiene que ser muy ordenado. Las cosas no pueden dejarse a la improvisación o a la buena, como suele decirse. Tampoco las cosas de Dios.

Hoy están de moda las agendas, en las que uno va anotando lo que tiene que hacer cada día a lo largo del año. Y son muchos los que por la noche, antes de acostarse, no sólo repasan la agenda del día siguiente, sino que la organizan según la importancia de las cosas. Así saben lo que tienen que hacer y el orden, para que, si no les llega tiempo para todo, por lo menos sean hechas las cosas más importantes y que no pueden esperar.

Claro que esto no lo hacen todos; la gran mayoría se deja arrastrar por la corriente y llevar de los acontecimientos. Viven al día, a la improvisación. Un día hacen mucho y otro poco, nada o casi nada. Estos no son los que dirigen los acontecimientos, sino los que se dejan llevar de ellos.

## TAMBIEN EN LA VIDA ESPIRITUAL

Sí, también en la vida espiritual. Hay quienes un día hacen mucho y otro nada; un día se derriten en ternuras delante de Dios y otro ni se acuerdan casi de él. Así no llegarán muy lejos.

Por eso, una de las cosas que primero ha de hacer el que quiera llevar una intensa vida espiritual y adelantar en el camino de la perfección cristiana es un plan de vida, al que ha de someterse con toda fidelidad. Ese plan de vida, aun siendo general y flexible en algunas cosas, ha de ser muy concreto y firme en otras, que son las que aseguran y garantizan el progreso en la vida espiritual.

Gracias a Dios, hoy, como en todos los tiempos y acaso incluso más que nunca, son muchísimos los seglares que regulan su vida por un plan de vida debidamente planificado, y aprobado o propuesto por su director espiritual. Basta recordar a los del Movimiento Familiar de san Juan de Avila, a los de las Comunidades Neocatecumenales, a los del *Movimiento Secular Pasionista* y a tantos otros, que todas las noches, antes de acostarse, hacen su examen de conciencia en el que uno de los puntos más importantes es precisamente si han cumplido o no su plan de vida.

Como buen director espiritual, también san Pablo de la Cruz proponía a sus dirigidos un plan de vida. Precisamente unos tres meses antes de su primer encuentro con la humilde tejedora de Piansano, él había propuesto un plan especial de vida a otra dirigida suya, Inés Grazi, también seglar como Lucía, sólo que de un ambiente social muy diferente.

Por esta circunstancia y por la terminología que usa al referirse a las recomendaciones de san Pablo de la Cruz en su primer encuentro con él, es casi seguro que el propuesto a Lucía sería el mismo plan de vida que había dado a Inés Grazi, alma también muy santa y muy querida de san Pablo de la Cruz.<sup>1</sup> Lo entresacamos de una de sus cartas y es el siguiente:

1.º *«Por la mañana, apenas levantarse, tenga cerca de una hora de oración mental. Luego, comunión espiritual.»*

2.º *«Si puede ir a misa, vaya. Si no, paciencia.»*

3.º *«Lo restante del tiempo, hasta la comida, trabaje con la mente en Dios, en santo silencio. Pero responda, si es interrogada, con dulzura, buenas maneras y caridad.»*

4.º *«Media hora antes de la comida lea un poco y entreténgase a los pies de Jesús crucificado, a ser posible durante un cuarto de hora, o así.»*

5.º *«Coma en paz, practicando una discreta mortificación.»*

6.º *«Después de comer tenga un rato de solaz con los demás, siendo afable y caritativa; y, si lo necesita, se acueste un poco.»*

7.º *«Hasta las veintitrés horas o poco más,<sup>2</sup> trabaje*

<sup>1</sup> San Pablo de la Cruz quiso tanto a esta alma privilegiada, que a su muerte consiguió que fuera enterrada en la pequeña iglesia del primer convento pasionista, el de Monte Argentaro, cosa que no hizo con ningún seglar, y menos mujer. Para apreciar bien lo que esto significa, basta tener en cuenta la mentalidad de aquel tiempo.

<sup>2</sup> Para entender este horario, hay que tener en cuenta el modo de calcular las horas que estaba en uso en aquel tiempo. La numeración co-

con la mente fija en Dios. Luego prepárese para la oración mental, que durará una hora.

8.º Cene. A continuación entreténgase un poco. Luego retírese, haga el examen de conciencia, la lectura espiritual y váyase a dormir. Rece las acostumbradas oraciones vocales de la noche, etc.

Le recomiendo la presencia de Dios, de la que nace todo bien. Dios la bendiga».<sup>1</sup>

## LA MEDITACION DE LA PASION

De todo este plan de vida, lo que llama más la atención hoy es, seguramente, lo de las dos horas de oración mental, una lo primero por la mañana, y otra al final de la tarde, una vez terminada la jornada de trabajo.

Claro que san Pablo de la Cruz no proponía siempre esto a las almas. Lo hacía según la edad, la capacidad de cada uno y el progreso que iba haciendo en las vías del espíritu. En lo que era siempre el mismo era en recomendar encarecidamente a todos la meditación sobre la pasión del Señor. Pero era tan humano, que, recomendando esta oración en familia, indicaba expresamente a los padres que no la hicieran larga, a fin de que no se cansasen los hijos, para que así éstos la cogieran afición

menzaba una hora después del toque del *Ave María* de la tarde, al caer el sol. Así, las veintitrés serían una hora antes del ocaso.

<sup>1</sup>L. I, p. 105.

y la hicieran luego con fidelidad toda su vida. Este fue el caso, por ejemplo, de la familia de Tomás Fossi, al que le decía que un cuarto de hora era bastante, por los niños.

A la joven Lucía Burlini, lo mismo que a Inés Grazi, le propuso este plan de vida y tanta oración mental, porque sabía que estaba ya muy adelantada en las vías del espíritu. Ni que decir tiene que Lucía se sometió fielmente a él y que hizo muchas horas de meditación sobre la pasión y muerte de Jesús. Por eso logró identificarse tanto con él. Este fue el secreto de toda su santidad.

Ya que tú quieres también santificarte y aprovechar del mejor modo posible el tiempo de la vida tan preciosa que Dios te da, deberías igualmente tener un *plan de vida*, aprobado por tu director espiritual, y seguirle con fidelidad. Y examinarte de él cada noche antes de entregarte al sueño para descansar en los brazos amorosos de Dios.

En la vida espiritual ¡qué importante es tener un *plan de vida* y hacer mucha oración!

## EL ANGEL DE LA PROVIDENCIA

*«Si lo supiera cierta Lucía Burtini, de Piansano, no dejaría de traernos alguna cosa»,* dijo san Pablo de la Cruz en cierta ocasión a los religiosos de la recién fundada comunidad pasionista de la ermita de Nuestra Señora del Cerrò, junto a Tuscania, provincia de Viterbo.

### LOS POBRES DE JESUS

El nombre primero que san Pablo de la Cruz dio a la congregación religiosa que el Señor le llamaba a fundar en la Iglesia fue el de *«los pobres de Jesús»*. Y efectivamente sus conventos y sus religiosos eran muy pobres, viviendo de los productos del huerto y de las limosnas que espontáneamente les daban los fieles. Más adelante, al ver que esas aportaciones no eran suficientes, algunos de sus religiosos iban de casa en casa pidiendo limosna, como verdaderos pobres mendicantes.



(El superior) «me contestó que (los religiosos) estaban en el comedor, pero no comiendo, sino leyendo, pues no tenían (ni) pan. Entonces se les llevó inmediatamente lo que yo les traía». Con buen tiempo o mal tiempo, Lucía llegaba siempre en el momento oportuno.

De todos los conventos que san Pablo de la Cruz fundó a lo largo de sus casi ochenta y dos años de vida, el más pobre fue, sin duda, éste de la ermita de Nuestra Señora del Cerro. Faltaban mantas, vajilla, todo. Aquellos buenos religiosos no tenían ni siquiera pan para comer. Tampoco les ayudaba nadie ni les llevaban limosnas, por la distancia y por el estado de abandono que presentaban la ermita y las dependencias del ermitaño, que es donde se había instalado la comunidad religiosa.

Aquel día, Lucía, acompañada de una amiga, fue a hablar con el P. Pablo, su director espiritual, pero éste había salido hacía poco más de una hora para el convento de Vetralla. Entonces, preguntó al superior cómo se encontraba la comunidad y si necesitaban algo. Después de escucharle atentamente, Lucía le dijo, no sin cierto embarazo: «He venido precisamente para esto, movida interiormente por un espíritu superior».

«Movida interiormente por un espíritu superior», porque su director espiritual no le había comunicado nada de esta necesidad extrema de sus religiosos. Pero el P. Pablo de la Cruz y Lucía estaban en la misma onda y sintonizaban perfectamente.

A la mañana siguiente, Lucía estaba de nuevo a la puerta del convento, esta vez con dos borricos cargados de víveres, telas y otras cosas para los religiosos. Ella misma había ido de casa en casa pidiendo limosna. Aunque la ermita de Nuestra Señora del Cerro distaba unos doce kilómetros de Piansano, esta escena y otras semejantes se repitieron muchas veces, siendo Lucía el ángel de que, en su providencia, se sirvió el Señor para ayudar a aquella comunidad tan necesitada.

De uno de esos casos cuenta la misma Lucía: «Un día de fiesta, en el que, por la lluvia, llegué pasado el mediodía al convento... encontré paseando a la puerta al superior, el P. Domingo de la Concepción, y le pregunté qué hacían sus religiosos. El me contestó que estaban en el comedor, pero no comiendo sino leyendo, pues no tenían pan. Entonces se les llevó inmediatamente lo que yo les traía...». Esta declaración revela bien la gran pobreza en que vivía aquella comunidad que ni siquiera tenía pan para comer y eso que era «un día de fiesta».<sup>1</sup>

### LUCIA Y LA COMUNIDAD PASIONISTA

Dios recompensó generosamente a Lucía estos actos de caridad para con sus fieles siervos, los religiosos pasionistas de dicho convento.

San Pablo de la Cruz tenía su residencia, junto con su hermano el P. Juan Bautista, en Vetralla. Con los muchos trabajos apostólicos, sus frecuentes viajes y vida tan austera, su salud se fue deteriorando notablemente. Los inviernos, sobre todo, se le hacían muy duros en el convento de Vetralla, a unos 650 metros sobre el nivel del mar. Por eso decidió pasarlos en la comunidad de Nuestra Señora del Cerro, donde las temperaturas eran más suaves. Esto proporcionó a su dirigida el que, durante unos quince años, pudiera verle y conferenciar frecuentemente con él en los largos meses de invierno. Lu-

<sup>1</sup> POC, ff. 447r-437v.

cia iba a visitarle y a consultar con él sobre el estado de su alma una o dos veces por semana. También Pablo de la Cruz la visitó a ella algunas veces en su casa de Pianzano.

De una de sus visitas a los pasionistas nos cuenta la misma Lucía: «Pocos años antes de mi enfermedad, de la que ya he hablado, un día fui a caballo al convento del Cerro juntamente con una amiga llamada Magdalena. Después de hacer nuestras devociones y de conferenciar con el P. Pablo, y después de haber comido y habernos despedido de los religiosos, me atacó en un pie un dolor tan fuerte, que dije al Siervo de Dios que aquella tarde no podría regresar a casa, por el dolor. Entonces él me hizo sobre el pie la señal de la cruz y me dijo que fuese tranquila. De hecho el dolor disminuyó de tal manera, que puede hacer el viaje cómodamente».<sup>2</sup>

A pesar de la gran austeridad y rigor en que vivían los religiosos de Nuestra Señora del Cerro, Lucía fue como una de la familia y trató con todos. Por aquella época vivían en la comunidad el hermano Santiago de san Luis, suizo y muerto en olor de santidad, y el primer pasionista español, el P. Luis Borrell, de Sabadell, Barcelona, que había sido tutor de los hijos del tesorero general español en Nápoles y que luego se hizo pasionista en Orbetello. A esta población pertenecía el convento de la Presentación de Nuestra Señora, en el Monte Argentario, el primero de la congregación fundada por san Pa-

<sup>2</sup> Ib. f. 445r.

blo de la Cruz y para cuya construcción él mismo había pedido ayuda económica al rey español Carlos III. en Nápoles.

Pero la humilde tejedora de Piansano no se contentó con trabajar ella sola por los pasionistas, sino que logró además formar un grupo de almas buenas que, como ella, iban de casa en casa pidiendo para los religiosos. Entre todas habían formado una «cadena de pobres», esto es, de personas o familias de la localidad, que, aun siendo ellas pobres, querían ayudar a dichos religiosos, que eran todavía más pobres. También les ayudaban con su propio trabajo, por ejemplo, haciendo ellas mismas el pan, que luego cocían en el horno público, o las telas, como era, sobre todo, el caso de Lucía. Luego aprovechaban los domingos y fiestas, que era cuando estaban libres los borricos del hermano de Lucía, para llevar todo lo recaudado o elaborado por ellas a la ermita de Nuestra Señora del Cerro.

Estas piadosas mujeres, a imitación de las santas mujeres del Evangelio, ayudaban a los religiosos en las cosas materiales y éstos, particularmente san Pablo de la Cruz, las ayudaban a ellas espiritualmente a santificarse, como era el caso, sobre todo, de la humilde tejedora de Piansano.

Claro que Lucía no fue el ángel de la providencia solamente para los pasionistas necesitados, sino también para otras personas de la localidad, sobre todo para los enfermos. Y es que el que está abierto a la necesidad de unos, lo está igualmente a la necesidad de todos.

## CARTAS DE UNA ANALFABETA

El cristianismo no es una teoría, doctrina o filosofía, sino un modo de vivir según el Evangelio, una vida en seguimiento de Cristo. De aquí que, más que conocimientos teóricos, lo que el hombre necesita para ser buen cristiano es corazón, amar mucho, y una gran voluntad para ser fiel a las mociones divinas. Lo demás lo va haciendo el Espíritu Santo, que ilumina al alma y le da la sabiduría de Dios.

En el ministerio sacerdotal, a veces se encuentra uno con almas que tienen muy escasos conocimientos de las cosas terrenas y que creen que por eso no pueden santificarse. Sigue uno hablando con ellas, y muchas veces descubre que tienen un gran conocimiento experimental de Dios y de las cosas espirituales. Es el Espíritu Santo el que actúa en ellas, iluminando su entendimiento y moviendo su voluntad. Assunta, la madre de santa María Goretti, es un ejemplo bien elocuente de esto. Ni ella ni su hija Marietta –santa María Goretti– sabían leer ni

escribir. Y las dos llegaron a alcanzar un alto grado de santidad, en la una reconocido oficialmente por la Iglesia, en la otra sin este reconocimiento oficial, pero bien conocido de Dios y de los que la trataron.

Lucía Burlini es otro caso bien particular. Sin saber escribir y apenas leer, amó mucho a Dios y a los hombres, y alcanzó un grado extraordinario de santidad. Aunque habló muchas veces personalmente con su director san Pablo de la Cruz, la mayor parte de la dirección espiritual se hizo por carta. ¿Cómo, si no sabía escribir? Cuando hay voluntad e interés en las cosas, todo se hace posible y hasta sencillo.

En Piansano había un joven piadoso llamado Juan Antonio Lucattini. Este se hizo seminarista, se ordenó de sacerdote y finalmente llegó a ser el párroco y el confesor de la humilde tejedora Lucía Burlini. Por encargo de san Pablo de la Cruz y desde «*cuando todavía no era sacerdote*», como diría luego ella misma, Lucía le dictaba las cartas y él las escribía y las mandaba al santo director. De él diría en una carta el mismo san Pablo de la Cruz: «*El que escribe por usted se explica maravillosamente*».<sup>1</sup>

Al dictar las cartas, Lucía lo hacía con gran soltura y facilidad, aunque se tratase de los conceptos más profundos de su vida mística y de la oración, o de revelaciones acerca de san Pablo de la Cruz y de su obra, por ejemplo, la visión de las palomas referente a la fundación de las monjas pasionistas de clausura. Y era muy

<sup>1</sup> L II, p. 722

humana y natural. Por eso, al principio o al final de las cartas, no faltan referencias a su familia, a sus amigas, a su salud y a su situación particular, sobre todo a su relación con los confesores. Hay que recordar aquí que, antes de Juan Antonio Lucattini, se confesó con otros sacerdotes, de los cuales uno sobre todo la hizo sufrir mucho.

Posiblemente las dos o tres primeras cartas de san Pablo de la Cruz a Lucía se las envió por otro conducto. No se sabe si entonces se las leían o se arreglaba ella sola. Ya hemos indicado que leía algo, aunque con dificultad. Lo cierto es que luego le escribía por medio de Juan Antonio Lucattini y que ella escribió siempre a su director por medio del mismo.

Como Juan Antonio Lucattini se dirigía igualmente con san Pablo de la Cruz, éste escribía con frecuencia a Lucía con intención de que cuanto a ella le decía le sirviera también a él. «*Es mi intención que las cartas a Lucía le sirvan también a usted, por lo que no me alargó más*».<sup>2</sup>

Las metas altísimas que su santo director espiritual proponía a la humilde tejedora de Piansano en sus cartas eran: vida de fe, vivísima y oscura; oración de quietud, pero «*no al modo nuestro*», sino siguiendo las mociones del Espíritu Santo; «*sueño de fe y santo amor*», permaneciendo confiada en el desierto interior, con perfecta desnudez de espíritu y silencio interior de las potencias del alma, y, finalmente, contemplación amorosa del

<sup>2</sup> Ib. p. 816



misterio del Calvario, anegándose en este mar que esconde «las joyas de las santas virtudes».

Veamos, como ejemplo, lo que le dice en una de esas cartas:

«Toda humillada y reconcentrada en su nada, en su nada poder, nada tener, nada saber, con alta y filial confianza en el Señor, procure perderse totalmente en el abismo de la infinita caridad de Dios, que es todo fuego de amor: «Nuestro Dios es un fuego consumidor»... Y ahí, en ese inmenso fuego, deje que se consuma todo lo que hay en usted de imperfecto, para que renazca a una nueva vida delfica, vida toda de amor, toda santa; y esta Divina Natividad la celebrará en el divino Verbo Cristo Nuestro Señor.

«Tenga en cuenta, sin embargo, que este divino trabajo se hace en lo más íntimo del espíritu, en el gabinete más secreto, etc. Así que, muerta místicamente a todo lo que no es Dios, con altísimo desprendimiento de todo lo creado, entre sola en lo más profundo de esa sagrada soledad interior, en ese sagrado desierto; entrada que se ha de hacer con total aniquilamiento de sí, con fe y santo amor, con alto desprendimiento de todo contento sensible, por santo que sea... Y de esa manera, cada vez que se hacen estas introversiones o retiradas interiores, quedando en santo silencio de fe y de amor, el alma renace constantemente a una nueva vida de caridad en el Divino Verbo que siempre escucha y ama...

«¡Oh Lucía! ¡Cuán agradecida debe estar a Dios! ¡Oh, cómo debe ser humilde, caritativa con todos, mansa, paciente, con buen concepto de todo el mundo, mé-

nos de sí misma! ¡Oh, qué amiga debe ser del silencio, de la soledad, de la huida del ocio, para trabajar y callar y estar dentro de sí con Dios, según antes dije! Todo el trabajo de que le he hablado se hace en la soledad interior, en el templo del alma, en el reino de Dios, que es el alma misma; y allí más se aprende callando con santo silencio de fe, que hablando, etc. Y si en esta soledad, renacida a una nueva vida delfica, que quiere decir vida santa, el Esposo divino la lleva a pescar en el mar de su Santísima Pasión, pesque en hora buena, hija, y déjese impregnar toda del amor y del dolor, haciendo suyas las penas de Jesús.

«En este gran mar de la Pasión santísima, pescará las perlas de todas las virtudes de Jesucristo. Y esta divina pesca en el gran mar de las penas del Hijo de Dios se hace también sin abandonar la soledad y el silencio interior. Jesús se lo enseñará todo, si es humilde y está muerta a todo lo creado...».<sup>1</sup>

Al leer estos conceptos tan profundos de la vida espiritual y de la mística, uno no puede menos de hacerse esta pregunta: ¿Cómo pudo entenderlos Lucía y, sobre todo, cómo pudo vivirlos con tanta perfección?

La respuesta es bien sencilla, como todo en la humilde tejedora de Piansano: «Por la fe del corazón», de que habla san Pedro en su Carta a los Romanos (10, 10). Porque las cosas de Dios, sus caminos y obras misteriosas más se entienden y se viven con el corazón que con la cabeza. «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios

<sup>1</sup> Ib. pp. 724s.

*y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla».<sup>4</sup>*

Al recordar todas estas cosas, me viene a la memoria aquel ejemplo de san Buenaventura diciendo a un hermano lego que también él podía amar mucho a Dios y santificarse. Ante esto, que para él fue una gran revelación porque creía que la santidad era sólo posible a los sabios, el hermano se marchó corriendo y, a lo largo de la tapia del convento, comenzó a gritar sin parar: «*Viejecita ignorante y sencilla, alégrate, porque también tú puedes amar a Dios y santificarte como el P. Buenaventura*».

Lucía ignorante y analfabeta, alégrate, porque también tú has podido amar a Dios y santificarte como los más grandes sabios en el conocimiento de las cosas divinas.

<sup>4</sup>Lc 10, 21.

## MAS SOBRE LAS CARTAS DE LUCIA

Las almas santas nos sorprenden a veces con cosas que llaman poderosamente la atención. Así, el capítulo anterior te habrá sorprendido, sin duda, al ver que una humilde tejedora de pueblo, analfabeta, que no sabía escribir y apenas leer, haya podido mantener una dirección espiritual por carta a lo largo de casi veinticinco años. Por eso es natural que ahora quieras saber algo más sobre ello.

Por desgracia, de las muchas cartas que Lucía dictó a Juan Antonio Lucattini, sólo se conservan dos: una dirigida a san Pablo de la Cruz, de mayo de 1751, y otra, del 20 de marzo de 1778, al P. Juan María de san Ignacio, entonces provincial. Dicho Padre había sido confesor de san Pablo de la Cruz y cronista de la naciente congregación pasionista, y había tratado repetidas veces con Lucía en el convento de Nuestra Señora del Cerro y, sobre todo, después de la muerte del P. Pablo de la Cruz, para recabar información para el proceso de su beatificación y canonización.

San Pablo de la Cruz recibía numerosas cartas. El mismo dice en una de ellas: «*Ordinariamente recibo unas veinte, veinticuatro y hasta treinta cartas semanales*». Es natural que no las conservase todas. En realidad solía romperlas todas o quemarlas, a excepción de las que se referían a la congregación pasionista que él estaba fundando por inspiración de Dios. Y aun éstas solía también destruirlas, pero sólo después de haber encargado a alguno de su plena confianza que le hiciera una copia, omitiendo algunas cosas más personales o que sirvieran para su identificación. Así, por ejemplo, en la carta que conservamos de Lucía no hay ni encabezamiento, ni fecha, ni firma, ni lugar de procedencia. Tal vez falten también otras cosas.

Hemos dicho que faltaba la firma. Vamos a explicar esto. Como ya se ha dicho anteriormente, Lucía dictaba las cartas a Juan Antonio Lucattini. Este se las escribía, se las leía luego para asegurarse de que reflejaban fielmente su pensamiento, y finalmente Lucía, al no saber escribir, ponía como firma una cruz que ella hacía al pie de la carta. Era la contraseña, que su director espiritual conocía muy bien.

## LUCIA Y LA FUNDACION DE LAS MONJAS PASIONISTAS

La carta que conservamos es precisamente porque en ella la humilde tejedora de Piansano cuenta una vi-

<sup>1</sup> L. II, p. 715s.

sión que tuvo repetidas veces, referente a la fundación de las monjas pasionistas de clausura. Lucía misma hubiera deseado ardientemente hacerse pasionista, y seguro que san Pablo de la Cruz pensó también en ella como una de las piedras fundamentales de esa nueva fundación; pero pronto tuvieron que desistir de ello.

Aunque acariciaba el proyecto desde su juventud, san Pablo de la Cruz no logró realizar esta fundación hasta pocos años antes de su muerte. El mismo no pudo asistir personalmente a la apertura del único monasterio que logró fundar en vida, el de la antigua Corneto, hoy Tarquinia, en la provincia de Viterbo. Era ya muy anciano y estaba lejos, en Roma.

San Pablo de la Cruz tenía muchísimo interés en esta fundación, para la que se sentía especialmente llamado por Dios. Pero las dificultades se iban sucediendo año tras año y nunca lograba ver realizados sus sueños, sueños e ilusiones de los cuales había hablado repetidas veces con algunos de sus dirigidos más predilectos.

Había hablado también mucho de esto con Lucía y le recomendaba constantemente que pidiera al Señor por esta intención, incluso que ella misma se ofreciera como víctima de amor a Jesús crucificado. A todas esas oraciones y ofrecimientos, el Señor respondió a Lucía de un modo maravilloso, haciéndole ver «*repetidas veces*» bandadas de «*tórtolas*» o de «*inocentes palomas*» revoloteando en torno a Jesús crucificado. Estas tórtolas y palomas representaban a las almas que en un futuro, entonces desconocido, pero seguro, formarían las distintas

congregaciones de religiosas pasionistas, la primera de las cuales sería la de las monjas de clausura.

Pero si no conservamos más que esta carta de las muchas que la humilde tejedora de Piansano dirigió, sin duda, a san Pablo de la Cruz, de éste a ella han llegado hasta nosotros nada menos que veinticuatro. Bueno, a ella personalmente sólo cinco. Las demás están dirigidas a Juan Antonio Lucattini, pero para ella. Cuántas hayan sido en realidad, no es posible saberlo. Juan Antonio Lucattini habla de "muchísimas", por lo que las que se conservan no pueden representar más que una pequeña parte de las que el santo le escribió a lo largo de tantos años de dirección espiritual con él. Por otra parte, todos los especialistas en san Pablo de la Cruz están de acuerdo en afirmar que las cartas de éste a Lucía Burlini son de las mejores en todo su largo epistolario y una verdadera joya de la literatura espiritual de todos los tiempos.<sup>2</sup>

Las cartas escritas directamente a Lucía están encabezadas con expresiones como éstas: «*Hermana mía en Cristo Jesús*», «*Hermana mía amadísima en Cristo Jesús*», o «*Hijita mía en Jesús crucificado*», lo que indica el cariño y la confianza que tenía con su dirigida. Como ejemplo de cuanto venimos diciendo, ofrecemos aquí el principio de una carta escrita para agradecerle la ayuda que ha prestado y está prestando a la comunidad pasionista, pobrísima, de Nuestra Señora del Cerro, en Toscanella. Dice así:

<sup>2</sup> Cf. B. N. Bordo, op. cit. pp. 143s.

«*Hermana mía amadísima en Cristo Jesús*:

«*Después del silencio de tantos años, me siento obligado por gratitud a visitar con esta carta vuestro espíritu, dándoos gracias en Cristo Jesús por la gran caridad con la que habéis asistido a nuestros pobres religiosos del santo retiro (convento) de Nuestra Señora del Cerro, en Toscanella, recién fundado por la divina providencia.*

«*Jesús, que es el sumo dador de todo bien, recolme cada vez más vuestro espíritu con la plenitud de sus gracias y dones celestiales por las fatigas, viajes y otros servicios de caridad en los que estáis siempre empeñada por mis hermanos y vuestros hermanos en Cristo Jesús. Yo os quedaré por ello agradecido hasta la muerte y no dejaré, como no he dejado nunca, de recordaros en mis pobrísimas oraciones y en el santísimo sacrificio de la misa, como prueba del sincero agradecimiento que en Cristo Jesús os profesó y os profesaré siempre.*»<sup>3</sup>

Antes de terminar este capítulo, queremos recordar también a otra alma, igualmente seglar, que tuvo grandísimo deseo de hacerse pasionista y que tampoco lo pudo conseguir. Es santa Gema Galgani, muerta en 1903. En su tiempo, no había todavía más que un solo convento, el de Corneto. Ella quiso entrar allí, pero no la admitieron. Su sueño se cumplió solamente después de su muerte, cuando fue fundado el monasterio de Lucca, bajo cuyo altar mayor descansan hoy sus reliquias. Santa Gema ha seguido protegiendo desde el cielo a las mon-

<sup>3</sup> L. II, p. 205.

jas pasionistas de tal manera, que se han multiplicado los monasterios, siendo hoy treinta y cinco, en trece naciones distintas.

Así se va cumpliendo misteriosamente aquella visión profética de Lucía Burlini de las bandadas de «tortolas» o de «inocentes palomas», revoloteando en torno a Jesús crucificado, y que tanto ella como su director espiritual interpretaron entonces como las futuras monjas pasionistas de clausura.

## EL ABRAZO DE JESUS CRUCIFICADO

A Lucía Burlini le tocó vivir en una época histórica de la espiritualidad cristiana, en la que los santos no podían presentarse al pueblo sin una vistosa y abundante manifestación de fenómenos sobrenaturales extraordinarios, tales como apariciones, revelaciones, milagros y profecías cumplidas.

Tanto Lucía como san Pablo de la Cruz mantuvieron en todo momento un equilibrio ejemplar en este sentido. Lucía vivió siempre en humildad y en una docilidad perfecta al guía espiritual que le había dado el Señor. Para ella, lo importante era amar y obedecer, vivir una vida escondida de sacrificio, unida espiritualmente al Señor en su Pasión.

Y es que la santidad no consiste en ninguno de esos fenómenos extraordinarios. Ni tampoco son necesarios para ella, de lo que debemos dar muchas gracias a Dios. Así nosotros, los que no los tenemos, podemos ser también santos. Porque hay muchos, incluso canonizados

por la Iglesia, como san Gabriel de la Dolorosa, que en vida no tuvieron nada de eso. Y son bien santos.

La santidad consiste en otra cosa, consiste sencillamente en amar, en amar mucho a Dios y a los hermanos o, lo que es lo mismo, en hacer la voluntad de nuestro Padre Dios. Como Jesús, cuyo alimento era «*hacer la voluntad del que me envió, y realizar su obra*».<sup>1</sup>

A este respecto, escribiría san Pablo de la Cruz en una de sus cartas: «*Gran misterio es éste: y es gran perfección el resignarse en todo a la divina voluntad; mayor perfección vivir abandonada, con gran indiferencia, al divino beneplácito; máxima y altísima perfección, el alimentarse con espíritu de fe y de amor, de la divina voluntad*».<sup>2</sup>

Sin embargo, sabemos que la Santísima Virgen se apareció a Lucía después de la muerte de su madre, para consolarla. Otras veces, el Señor le concedió visiones singulares y luces proféticas, por ejemplo, con relación a la fundación de las monjas de clausura y al futuro de la congregación pasionista. En una ocasión, el mismo san Pablo de la Cruz la curó de una pierna, haciéndole sobre el pie la señal de la cruz. Otra vez, estando gravísimamente enferma y habiendo recibido ya los sacramentos para prepararse a la muerte, la curó milagrosamente al contacto con un emblema pasionista que él le envió con este fin y mandándola por obediencia que curase.

En cierta ocasión, su santo director le había prometi-

<sup>1</sup> Jn 4, 34

<sup>2</sup> L. I, 491

do que, «*cuando ella estuviera a punto de morir, la visitaría y la conduciría con él a la gloria*». Y así lo cumplió, como veremos más tarde, al hablar de su glorioso tránsito a la eternidad.

Pero de todos los hechos extraordinarios que enriquecieron y adornaron la vida de la Venerable Lucía Burlini, el más destacado es, sin duda, el abrazo amoroso que un día le dio el mismo Jesús crucificado. Sucedió de la manera siguiente.

En una capilla de la iglesia parroquial de Piansano había un Cristo crucificado de tamaño natural y muy devoto. Ante él hacía frecuentemente Lucía su oración.

En agosto de 1751, cuando tenía ya cuarenta y un años, Lucía estaba viviendo bajo una presión psicológica muy fuerte, en la noche del espíritu, y con grandes temores de estar engañada en todo y hasta de su salvación. El motivo era el criterio opuesto entre su confesor, el sacerdote Domingo Parri, y el director espiritual, san Pablo de la Cruz. Mientras que éste la permitía y recomendaba la comunión frecuente y hasta diaria, aquél, víctima de la corriente espiritual de su tiempo, de influencia jansenista, veía esto presuntuoso y contrario a la práctica de la Iglesia.

De algunas cartas de san Pablo de la Cruz puede desprenderse que a esta comunión frecuente de Lucía se oponían no sólo su confesor, sino también algunas otras almas, tal vez incluso sacerdotes. Y es que entonces, de las mujeres, sólo las monjas de clausura podían recibir la comunión dos o tres veces por semana y esto con permiso expreso de su confesor. El santo escribe a Juan



Lucía ve con la mayor admiración que el crucificado toma vida, que desclava sus manos de la cruz y extiende sus brazos hacia ella, que... se siente elevada en el aire y que, de pronto, se encuentra abrazada tierna y fuertemente por Jesús.

Antonio Lucattini que él mismo le dé la comunión -por la mañana, a una hora adecuada, cuando no hay gente en la iglesia». Puede ser una simple medida de prudencia, pero no es difícil entrever también el efecto de voces malévolas que amargaban la vida de la humilde tejedora de Piansano.

En esa noche oscura y con dudas y temores terribles, no entendida y hasta criticada por su confesor y por los demás, un día, cuando se encontraba más desconsolada haciendo oración ante el gran crucifijo de la parroquia, Lucía ve con la mayor admiración que el crucificado toma vida, que desclava sus manos de la cruz y extiende sus brazos hacia ella, que... se siente elevada en el aire y que, de pronto, se encuentra abrazada tierna y fuertemente por Jesús. Lo que entonces sintió en su corazón y en su alma es algo que nunca podría ella explicar con palabras.

Pero la participación en la pasión de Jesús suele ser dura, dolorosa y no ofrecer claridades. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», diría él desde la cruz momentos antes de morir.

Ahora que está en sus brazos, Lucía pregunta a Jesús por su salvación; pero Jesús calla. Es la política habitual de Dios. El escucha, pero no habla. Escucha todas las preguntas que se le hacen y todas las cuestiones que se le proponen, pero no da respuestas ni resuelve las dudas.

Y aquí está la pobre Lucía, abrazada por Jesús, pero sumida en lo más amargo de su pasión: el sentimiento

de abandono por parte de Dios. ¡Qué abismo de amor y de dolor!

Algo parecido le sucedió también a su director espiritual, san Pablo de la Cruz, según él mismo contó confidencialmente a otra dirigida suya, Rosa Calabresi. Después de la impresión amorosa y dolorosa de la pasión de Jesús en su corazón, «a veces no encontraba reposo, por lo que un día dije al Señor: «Señor, escóndeme en tus llagas...». Entonces el santísimo crucifijo, ante el que hacía oración, desclavó sus brazos de la cruz, me abrazó muy estrechamente y me acercó a su santísimo costado, donde me tuvo durante tres horas». Sólo que, a diferencia de Lucía Burlini, que, después del abrazo de Jesús, quedó sumergida en la duda y en el temor, san Pablo de la Cruz termina su narración diciendo: «Me parecía estar en el paraíso».<sup>4</sup>

Este abrazo amoroso de Jesús crucificado a san Pablo de la Cruz quedaría luego inmortalizado por el pintor F. Cocchetti en el hermoso cuadro de la capilla en que descansan las reliquias del santo en la basílica de los Santos Juan y Pablo, de Roma, capilla denominada «de san Pablo de la Cruz». Ojalá que algún buen pintor o artista inmortalizase también este abrazo amoroso y doloroso de Jesús crucificado a su fiel esposa, la Venerable Lucía Burlini.

El devoto crucifijo de tamaño natural, que extendió sus brazos hacia Lucía Burlini y la elevó en el aire para

<sup>4</sup> R. Calabresi, *Processo Ordinario di Roma*, pp. 1996-1997. Cf. E. Zoffoli, *San Paolo della Croce, Storia Critica II*, Roma 1965, T. XLIII, después de p. 928.

abrazarla tiernamente contra su corazón llagado, se conserva todavía con gran veneración y ha sido trasladado hace unos años a la iglesia denominada «iglesia nueva». En Piansano y en sus alrededores es conocido de todos como «el crucifijo que abrazó a la bienaventurada Lucía Burlini».



## PEREGRINA DE LORETO

Loreto es uno de los santuarios marianos más importantes de la cristiandad. Según la tradición, en el siglo trece los ángeles llevaron la casita de la Santísima Virgen en Nazaret, primero a Dalmacia, hasta hace poco Yugoslavia, luego a Recanati, Italia, y finalmente a Loreto, a pocos kilómetros de Recanati y donde ya anteriormente, en el siglo doce, había un santuario mariano, lugar de peregrinaciones.

Actualmente la casita de María en Nazaret se encuentra dentro de una gran basílica de tres naves sobre una colina. El paisaje que se contempla desde allí es muy bonito, el santuario muy devoto y ha sido visitado por muchos santos, entre ellos san Pablo de la Cruz, san Gabriel de la Dolorosa y santa Teresita del Niño Jesús. Dentro de esa casita, tan pequeña, habitada en otro tiempo por la Sagrada Familia, uno siente el misterio y una devoción tan especial que no se puede explicar.

Con el abrazo de Jesús crucificado, Lucía Burlini había quedado enardecida de amor, pero desconcertada al

no recibir ninguna respuesta acerca de su salvación. Luego acudió a su director espiritual, pero éste le dijo que ésa era la política habitual de Dios, que no daba nunca a las almas seguridad absoluta de su salvación, para que trabajasen siempre en humildad y santo temor por conseguirla.

Esto tampoco tranquilizó a Lucía, que moría por tener una seguridad de poseer siempre a su Dios, y que, sin embargo, se encontraba con tantas dudas y tan atormentada interiormente.

Por aquel entonces se estaba organizando en Piansano una peregrinación al santuario de Nuestra Señora de Loreto. Era providencial. Lucía consideró esto como una mano misericordiosa que le tendía la Madre del cielo, a la que ella tenía tanta devoción. Y se apuntó a la peregrinación.

Fácil es de imaginar sus sentimientos a lo largo del camino, al divisar ya de lejos la alta torre y la grandiosa cúpula del santuario, al subir la colina, al entrar en el interior del grandioso templo y, sobre todo, al postrarse de rodillas y orar dentro de la pequeña casita de Nazaret. ¡Cómo sentiría allí la presencia misteriosa de Jesús, de José y de María, ante los cuales ella se vería como anadada!

Después de un largo rato de oración, Lucía quiso aprovechar la oportunidad para confesarse y consultar sobre el estado de su alma y sobre los temores por su salvación. Y explicó al confesor lo del abrazo de Jesús crucificado y su silencio. También, seguramente, la respuesta de su director espiritual.

El sacerdote, como por inspiración divina, comprendió inmediatamente el estado de Lucía y su gran talla espiritual. Así, después de haberla escuchado atentamente, la animó mucho y le dijo «*que, si Jesús no la había respondido con palabras, la había respondido con hechos, mostrándosele a sí mismo todo atormentado, pero en silencio, para que aprendiese de él a sufrir en silencio, en la seguridad de que así se salvaría.*»<sup>1</sup>

El confesor se manifestaba seguro de sí mismo en la interpretación de los fenómenos sobrenaturales de Lucía, que vio en todo esto una gracia especial de María. Luego, la humilde tejedora de Piansano se dio cuenta de que lo que el sacerdote le había dicho no era más que un eco de lo que, unos días antes, le había escrito san Pablo de la Cruz: «*...sufrir y callar... en silencio de fe, de caridad, y de paz y mansedumbre... ¡Oh qué tesoro, Lucía!*».<sup>2</sup>

Ni ella ni su director espiritual hubieran podido prever que aquel período tan atormentado de contrariedades e inquietudes pudiera resolverse en un clima de nuevo tan terso y de tanta paz, por la intercesión misericordiosa de los dos polos que atraían tan fuertemente toda la vida de la humilde tejedora de Piansano: Jesús crucificado y la Santísima Virgen María.

Lucía profesó siempre una gran devoción a María, a la que había escogido por Madre. Según indicios de varios documentos que poseemos, parece que en cierta

<sup>1</sup> Archivio Vescovile di Montefiascone, *Burlini*, A, 1, *Seconda Memoria*: P, Doc. VIII, 188.

<sup>2</sup> L II, p. 817.

ocasión la Santísima Virgen se le apareció y le mostró que efectivamente ella la había aceptado por hija. Aun después de muerta, la humilde tejedora de Piansano llevaría para siempre entre sus dedos el santo rosario que, desde Roma, le mandó como regalo su director espiritual san Pablo de la Cruz.

Esperemos confiadamente que algún día, tal vez muy pronto, también el nombre de Lucía Burlini pueda ser inscrito en aquella lápida de la basílica, en la que están escritos los nombres de los santos canonizados que han visitado el santuario de Nuestra Señora de Loreto.

## ABRIRSE A LA ETERNIDAD

Cuando Lucía Burlini tenía 42 años, estuvo gravemente enferma, siendo curada al contacto con el emblema pasionista que san Pablo de la Cruz le había enviado con la orden de que se curara. La humilde tejedora obedeció y efectivamente recuperó la salud.

Cinco años más tarde, volvió a recaer y una vez más se vio crucificada en su lecho del dolor. En aquella ocasión, sin embargo, el Señor la consoló con la visita de su director espiritual, san Pablo de la Cruz. En sus coloquios, el Padre *«le prometió que, si estuviera para morir y él lo supiera y se encontrase en algún lugar cercano, vendría a asistirle. Además hizo pacto con ella de que el que de los dos volara primero al cielo, permitiéndolo Dios, vendría a hacerle una visita al otro»*.<sup>1</sup>

San Pablo de la Cruz murió muchos años antes, en 1775, en el convento pasionista de los Santos Juan y Pa-

<sup>1</sup> Archivio Generale, Passionisti, Roma, A, I, 33: *Relazione di una visione intellettuale...*; P. Doc. VII, 170.



Al ver delante de sí a su santo director, ahora glorioso y lleno de luz, Lucía... Luego (san Pablo de la Cruz) le dio confianza, la animó y... desapareció, dejándola muy consolada.

blo, de Roma, junto al Coliseo. Había vivido allí desde 1773.

Aunque Lucía había sido elevada ya al matrimonio místico con Cristo, no por eso dejaba de sufrir. Hacia mediados de enero de 1778, las penas interiores aumentaron, haciéndose casi insostenibles. Durante la noche del 26 de ese mismo mes, llegaron a tal punto, que fue necesaria una aparición de san Pablo de la Cruz, muerto hacía tres años, para sacarla de esa agonía íntima, tan intensa como nunca la había experimentado anteriormente.

Al ver delante de sí a su santo director espiritual, ahora glorioso y lleno de luz, Lucía no pudo menos de exclamar: «¡Ay Padre, qué tormenta!». El santo la hizo ver que aquella luz y aquel estado glorioso que él tenía eran precisamente fruto de sus sufrimientos en unión con Cristo crucificado acá en la tierra. Luego le dio confianza y la animó a seguir también ella ese mismo camino de cruz y de gloria. Y desapareció, dejándola muy consolada.

En la primavera de 1789, volverían a aparecer todas las enfermedades padecidas a lo largo de su vida. Lucía sintió que aquello era el último ataque y que su final acá en la tierra estaba ya muy cerca.

Como nos dice su confesor, el sacerdote Juan Antonio Lucattini, «a los grandes sufrimientos del cuerpo se unieron los penosísimos del espíritu, que quedó en sequedad y privado de toda luz. La enferma se vio molestada de tentaciones muy pertinaces, que la sugerían que toda su vida había sido un engaño: que el P. Pablo no

la había conocido, de lo cual debía estar segura. Mientras, encontrándose ya a punto de morir, no tenía ningún conocimiento de Dios, porque éste la había abandonado... No puede expresarse lo terrible de la angustia que en su espíritu sufrió Lucía, que, sin embargo, no cesaba de humillarse ante Dios y de someterse a la adorabilísima voluntad del Señor, puesta su confianza sólo en su misericordia».<sup>2</sup>

Desde marzo hasta mayo no pudo tomar ningún alimento: vivió sólo de la eucaristía, que le traía su confesor.

Finalmente, Lucía quedó ya serena y gozando de una gran paz interior. Pero el cuerpo se iba debilitando, le faltaban las fuerzas. No podía ya hablar. Se sentía morir. En esto, ven que se levanta sobre el lecho, con el rostro iluminado, y la oyen balbucir lentamente: «Pa... Pa... Pa...», es decir, «¡Padre! ¡Padre Pablo!». Y luego, todavía más despacio: «¡Amén, amén!». San Pablo de la Cruz cumplía así su palabra de que, «cuando ella estuviera a punto de morir, la visitaría y la conduciría consigo al cielo».

De sus últimas horas de vida nos dice su confesor: «Antes de perder el habla, le pregunté repetidas veces cómo se encontraba en su interior y me dijo siempre que atormentada, pero tranquila, de tal modo que ella misma se maravillaba de esa paz. Por eso me preguntó: *Padre, ¿qué piensa usted? ¿será buena esta paz que siento?*

<sup>2</sup> Cf. B.N. Bordo, op. cit., p. 254.

Porque hasta los santos han tenido miedo a la muerte. A lo que yo le dije: *Sí, hija, vuestra paz es de Dios, porque procede de la tranquilidad de conciencia y de la esperanza bien fundada que tenéis de vuestra salvación. Disfrutad, pues, de esta paz y dad gracias al Señor».*<sup>3</sup>

Con el rostro sonriente y como aureolada con resplandores de gloria, Lucía expiraba poco después, hacia las cuatro de la tarde del primero de mayo de 1789. Era viernes. No podía ser de otro modo para esta alma tan identificada con el Cristo del Calvario y de la cruz. Y era el primero de mayo, que luego se convertiría en la Fiesta del Trabajo en todo el mundo. Era como un presagio de lo que había de ser esta humilde trabajadora, que se santificó en el trabajo duro y rutinario de cada día en su telar y en la casa. Lucía tenía entonces 79 años de edad, menos unos días.

Pero, como decían los antiguos, el cristiano nunca muere: nace dos veces. Esto podría aplicarse de un modo especial a la humilde tejedora de Piansano, tan identificada con Cristo en su pasión.

Casi octogenaria, Lucía cayó del árbol de la vida, no como hoja seca que luego se pudre en el suelo, sino como semilla viva que fructifica. Yo no conozco a nadie a quien se pueda aplicar con más propiedad que a ella este himno que la Iglesia canta en su liturgia a las «mujeres santas».

<sup>3</sup> Archivio Vescovile di Montefiascone, Burlini A 1, *Seconda Memoria*; P. Doc. VIII, 189; cf. B.N. Bordo, op. cit. p. 313.

*Finísimo fue el lino con que ella  
fue tejiendo, a lo largo de su vida,  
esa historia de amor que la hace bella  
a los ojos de Dios y bendecida.*

*Supo trenzar con tino los amores  
del cielo y de la tierra, y santamente  
hizo altar del telar de sus labores,  
oración desgranada lentamente.  
Flor virgen, florecida en amor santo,.....  
su dulce fortaleza fue su encanto,  
la fuerza de su amor la fe vivida...*

*Su muerte en el Señor fue un tierno abrazo,  
su vida será eterna primavera.*

De la humilde tejedora de Piansano no podrá decirse que era una lámpara que «lucía», pero que ya no luce, que se extinguió para siempre con la muerte. Lucía «lucía», sigue luciendo y lucirá cada vez más con el correr de los tiempos. La Iglesia ha reconocido ya la heroicidad de sus virtudes y la ha proclamado «Venerable». Ahora sólo falta el reconocimiento de milagros obrados por Dios por medio de ella para que, a su debido tiempo, y esperamos que sea pronto, pueda ser también proclamada primero Beata y luego Santa.

## «Y ENSALZO A LOS HUMILDES»

Para una humilde trabajadora, que moría anciana, sin descendencia y casi desconocida en un pueblo de provincia, parecería que con la muerte todo habría terminado en este mundo. Sin embargo, no fue así. En ella se cumplirían también aquellas palabras de María: Dios «ensalzó a los humildes».

La noticia de su muerte se propagó misteriosamente, como una luz, por Piansano y por los pueblos vecinos. Todos querían ver a la santa, y muchos hasta le cortaban trozos del vestido y mechones del cabello como reliquias. Hubo que vestirla de nuevo.

La autoridad civil y eclesiástica tuvo que diferir cuatro días el dar sepultura a los restos virginales de Lucía. Tanta era la multitud que constantemente se apiñaba en torno a la casa.

Muchos años antes y por inspiración divina, san Pablo de la Cruz había recomendado a Juan Antonio Lucattini, confesor y párroco de Lucía, que, cuando ésta

muriese, «colocase su cuerpo en un lugar distinguido». Fiel siempre a todas las indicaciones de san Pablo de la Cruz, el arcipreste Lucattini fue inmediatamente a su obispo para exponerle el caso y pedirle la correspondiente autorización. El cardenal arzobispo, José Carampi, gran amigo y admirador de Pablo de la Cruz, concedió gustosamente el permiso que se le pedía y mostró gran interés por conocer la vida de esa humilde tejedora de Piansano. El había formado parte de la comisión cardenalicia para aprobar las reglas de la congregación passionista y era además titular de la Basílica de los Santos Juan y Pablo, de Roma, en cuyo convento había vivido sus últimos años san Pablo de la Cruz y en cuya basílica estaba su sepulcro. A su muerte, también el cardenal Garampi fue sepultado en dicha basílica de los Santos Juan y Pablo.

Pasaron así cuatro días. Y, mientras en una capilla de la iglesia parroquial se preparaba el sepulcro, Juan Antonio Lucattini escribió una reseña biográfica de Lucía Burlini, que se colocó en el féretro dentro de un tubo metálico.

Lucía Burlini descansaría en el Señor, con un velo blanco a la cabeza, un crucifijo sobre el pecho y, en las manos, un rosario de la Santísima Virgen. El crucifijo y el rosario representarían los dos grandes amores de esta esposa virgen de Cristo.

En la Exhortación Apostólica «*Christifideles laici*» (Los fieles laicos), el Papa Juan Pablo II dice que «*las Iglesias locales deben reconocer atentamente entre los propios miembros aquellos hombres y mujeres que ofre-*

*cieron en estas condiciones... ordinarias de la vida en el mundo... el testimonio de una vida santa, y que pueden ser ejemplo para los demás, con objeto de que, si se designa el caso, los propongan para la beatificación y canonización*».<sup>1</sup>

Y ha sido el mismo Juan Pablo II el que, con el reconocimiento oficial de la heroicidad de sus virtudes, el día 23 de octubre de 1987, durante el Sínodo de los Obispos sobre el laicado, ha proclamado Venerable a la humilde tejedora de Piansano, Lucía Burlini. Desde entonces, la devoción de los fieles hacia ella ha aumentado considerablemente, sobre todo en Italia.

En 1989, segundo centenario de su muerte, se han celebrado en su pueblo natal varios actos especiales, que han culminado con el «Congreso Nacional de Laicos Católicos», en el que se han reunido un número incalculable de admiradores y devotos de la Venerable Sierva de Dios Lucía Burlini.

Son ya muchas las gracias y milagros que se atribuyen a su valiosa intercesión. Como decíamos en el capítulo anterior, ahora sólo falta que, con el reconocimiento oficial de algunos de esos milagros, la Iglesia la proclame primero Beata y luego Santa: *Santa Lucía Burlini*.

¡Qué hermoso modelo de santidad para el laicado católico, sobre todo para la *mujer trabajadora* de nuestros días!

Anciana casi octogenaria y santa, ella será «*LUZ*» y aliento también para cuantos, en el *Movimiento de Vida*

<sup>1</sup> *Christifideles laici*, n. 17

*Ascendente*, tratan de subir más, de acercarse cada día más a las altas metas de la perfección cristiana por medio del seguimiento fiel de Cristo.

La Venerable Sierva de Dios Lucía Burlini, que bebió de la fuente misma de la espiritualidad pasionista, de san Pablo de la Cruz, y vivió, trabajó y se santificó en el mundo, como seglar, bendecirá y alentará de un modo más particular a cuantos, como ella, se santifican también en el mundo, y redimen y santifican al mundo desde dentro, desde el *Movimiento Seglar Pasionista*.

## ¿POR QUE NO SE HIZO PASIONISTA?

El hombre, la mujer, se miden por el número y el tamaño de sus cruces.

La cruz es siempre un misterio, entre otras cosas, porque la cruz que menos te va, ésa es precisamente la tuya.

La cruz no es ni un vestido, ni un par de zapatos, que deben venir a la medida. La cruz jamás va a la medida de tu gusto y de tus exigencias particulares. Aprieta, rozta, araña, magulla, desgarrta, arranca la piel, doblega, aplasta... Y, sin embargo, no hay duda: para que sea de verdad tuya, la cruz no debe irte bien. Por cualquier lado que la mires, la cruz nunca va bien. Tampoco a Cristo le iba bien su cruz.

La cruz que te viene encima en el momento menos oportuno ésa es la tuya. La cruz es la arena en la concha, algo que irrita, pero que al fin produce la perla.



## LA CRUZ DE LA ENFERMEDAD

Una de las formas más frecuentes de cruz y más difíciles de aceptar suele ser la enfermedad, la tuya o la de tus seres queridos. Y a veces no es tanto por el trabajo o por el dolor físico o psíquico que te produce; es más porque te deshace todos tus planes y tronca todas tus ilusiones.

La humilde tejedora de Piansano vio muchas veces la cruz de la enfermedad y la muerte en su casa. Siendo todavía muy pequeña, vio morir, primero uno y luego otro, a dos de sus hermanitos. Todavía muy joven, su padre cayó enfermo con una enfermedad que le duraría toda la vida y que, sin duda, hizo sufrir mucho a la familia Burlini. Luego se puso enferma una tía materna, que fue recibida y atendida en su casa, en donde se recuperó y vivió siempre hasta su muerte muchos años más tarde.

Más profunda, sin embargo, fue la huella que dejó en su corazón la enfermedad y, al poco tiempo, el fallecimiento de su buena madre, Cristófora. Principalmente por el gran cariño que la tenía, por ser su madre y por haber sido siempre tan buena con ella y con todos; pero también porque, al faltar ella, todo el peso de la casa caía sobre Lucía hasta que se casó su hermano.

Luego cae otra vez enferma la tía y muere. Finalmente y después de largos años de enfermedad, fallece también su pobre padre.

Ante todos estos hechos, ¿quién podrá decir que Lu-

cía no ha sido bien probada en la vida por sufrimientos, enfermedades y muertes en su misma casa y familia?

Pero lo que más de cerca la hizo sufrir fue su propia falta de salud. Lucía Burlini era, de por sí, de constitución sana y robusta; medía uno setenta de altura, muy superior a la media de la mujer, sobre todo en aquel tiempo. Así, había podido llevar adelante su trabajo en el taller, en la familia y en el apostolado. Pero todo esto, especialmente las condiciones de trabajo en el telar, fue minando poco a poco su salud, hasta tal punto que, a partir de los cuarenta años, sus dolencias y enfermedades la llevaron más de una vez, como ella misma dice, hasta «*las puertas de la eternidad*».

El comienzo de todo esto lo describe también la misma Lucía: «*A los pocos años de haber tenido la suerte de ponerme bajo la dirección del venerable P. Pablo, quiso el Señor visitarme con algunas indisposiciones y llagas, sobre todo en las piernas, que duran todavía y que apenas me dejan andar*».<sup>1</sup> Esta declaración la hacía ella muchos años más tarde, cuando el mismo Pablo de la Cruz había volado ya al cielo. Lo que no dice es que estas «*indisposiciones y llagas*» la obligaban a veces a guardar cama y que además tenía fiebre y problemas de respiración. El sacerdote Juan Antonio Lucattini, testigo presencial, dice que esas llagas «*eran tan profundas, que la llegaban casi hasta el hueso*». En alguna ocasión, todas estas dolencias se agravaron y Lucía estuvo para morir.

<sup>1</sup> POC, f. 444v.

Según consta en el archivo episcopal de Montefiascone, «por tener las plantas de los pies llenas de llagas, durante doce o trece años Lucía no pudo caminar, teniendo que ser llevada a la iglesia en una silla para la santa misa y la comunión».<sup>2</sup>

## EL PLAN DE DIOS ERA OTRO

La falta de salud y la enfermedad de la humilde tejedora de Piansano truncaron todas sus ilusiones y echaron por tierra todos sus planes de hacerse religiosa. Y esto al poco tiempo de haber tenido la visión de las palomas revoloteando en torno al Crucificado, que representaban a las futuras pasionistas, y otras visiones y revelaciones maravillosas acerca de la congregación religiosa, que su director espiritual estaba fundando o iba a fundar en la Iglesia.

Es que precisamente la cruz que no te va, la que se te presenta en el momento menos apropiado y oportuno, la menos esperada, ésa es precisamente la tuya. Es lo que pasó también con Lucía.

San Pablo de la Cruz había puesto en ella tantas ilusiones y esperanzas, el mismo Dios le había confiado secretos y le había hecho revelaciones maravillosas acerca de la futura fundación de las monjas pasionistas

<sup>2</sup> Archivo Vescovile, Montefiascone, Burlini A, 1. *Prima Memoria*; P. Doc. VIII, 184.

y, cuando todo parecía viento en popa, como suele decirse, la falta de salud, la enfermedad lo echó todo por tierra.

Era su cruz. Por eso no le iba bien. Por eso le fue más dolorosa. Sólo que Lucía supo ver en esto, como en todo, la voluntad de Dios y superó la situación, santificándose en el mundo, trabajando según sus fuerzas en un taller humilde, y viviendo todas las complicaciones y vicisitudes de una familia sencilla y trabajadora.

Y no es que fuera siempre verdadera enfermedad. Es que la vida de las pasionistas de clausura, tal como el Señor se la inspiraba a san Pablo de la Cruz, era muy austera y sólo la podrían llevar personas sanas y fuertes. Se necesitaba muy buena salud para observar todos los ayunos y abstinencias que prescribía la regla, para levantarse a media noche a orar y a hacer penitencia, y para hacer todas las demás cosas de cada día. Lucía no la tenía y, por eso, tanto ella como su director espiritual tuvieron que desechar definitivamente la idea de que, algún día, pudiera llegar a ser religiosa pasionista, incluso la «*piedra angular*» de esa nueva fundación.

## «MAMA, EL SEÑOR ESTA ENFERMO! ¡TIENE PUPA!»

En cierta ocasión entraba yo en una iglesia, en la que en la parte derecha había un crucifijo grande y muy devoto. Apenas me puse de rodillas para adorar al Santísimo

mo Sacramento, vi pasar por delante de él un niño agarrado a la mano de su madre. El niño se quedó mirando al santo Cristo, visiblemente impresionado. Su madre tiraba de él, pero el niño continuaba mirando. Luego se volvió a la madre y, enternecido, le dijo en voz alta que yo pude oír muy bien: «¡Mamá, el Señor está enfermo! ¡Tiene pupa!».

Yo me sentí profundamente conmovido al oír estas palabras y el sentimiento con que las decía. Por eso lo recuerdo tan bien y te lo cuento. Y es que ciertamente el Señor está enfermo, o mejor, como dice el profeta Isaias, «tomó nuestras enfermedades», esto es, tomó su cruz, una cruz que fue mucho más que aquella de madera que le pusieron los soldados romanos y en la que murió en el Calvario. Su cruz abarca toda su vida, aunque se hizo más pesada, dolorosa e insostenible en las horas largas de su pasión y de su muerte. Por eso tenía tanta pupa, en su alma y en su corazón todavía mucho más que en su cuerpo, con ser ésta tanta. Sólo que la otra, la interior, no se hacía visible.

San Juan de Avila recuerda que, en el templo de Salomón, la abertura de las ventanas era mayor por dentro que por fuera. Y aplica esto mismo a las llagas de Jesús en su pasión, diciendo que eran todavía mayores por dentro que lo que aparecía al exterior. Algo así podríamos decir también de Lucía.

Al ver a esta humilde tejedora con todas sus dolencias y enfermedades propias y de sus seres queridos, tan identificada con Cristo en la cruz, uno se siente movido a exclamar como un niño: «¡Lucía está enferma!, ¡Tiene

*pupa!*». Y ¡cómo le duele! Es su cruz, que desgarró, magulló, arañó, arranca la piel, aplasta... Un poco como la tuya, como la mía, aunque bastante mayor.

Así y contra todo lo que se podía esperar, Lucía Burini no se hizo religiosa pasionista de clausura, sino que vivió y murió como virgen prudente en el mundo, como seglar.

## LUCIA BURLINI Y EL MOVIMIENTO SEGLAR PASIONISTA

No cabe duda de que san Pablo de la Cruz creó en la Iglesia una escuela de espiritualidad, la *Escuela de Espiritualidad Pasionista*, que tan abundantes frutos ha dado a lo largo de sus casi tres siglos de historia. Desde san Pablo de la Cruz hasta nuestros días son innumerables las almas que se han santificado por medio de esta espiritualidad en todos los estados de la vida cristiana: religiosos, sacerdotes, seglares de todas las categorías sociales, dentro del matrimonio o en la virginidad en el mundo. Podríamos ofrecer aquí una larga lista de estas almas, muchas canonizadas ya por la Iglesia o reconocida oficialmente su santidad.

Fruto de esta *Escuela de Espiritualidad Pasionista* es el *Movimiento Seglar Pasionista* del que Lucía Burlini es pionera indiscutible, ya que toda su vida espiritual y su actividad profesional se desarrolló precisamente

bajo la sabia dirección del iniciador de este movimiento, san Pablo de la Cruz.

«Su movimiento —como dice el P. Costante Brovotto, C.P.— siempre actual, no es simplemente «contemplar y dar a los demás el fruto de la contemplación», sino más bien «contemplar y llevar también a los demás a la contemplación».<sup>1</sup>

El siglo dieciocho vio florecer las *Cofradías de la Pasión* como fruto de las misiones populares de los religiosos pasionistas. La primera surgió en 1755, y fue inspirada por el mismo san Pablo de la Cruz. Luego, estas piadosas asociaciones de seglares, entregados de modo especial a la memoria meditativa de la pasión, se extendieron todavía más al ser agregadas al insigne santuario romano de la pasión bajo el título de *Scala Santa*, santuario dado por Pío IX a los pasionistas en 1853.

Pero no sería apropiado llamar asociación al *Movimiento Seglar Pasionista*. Una asociación —cofradía, plá unión o de cualquier otro tipo que sea— tiene unos estatutos, está limitada a un número determinado de miembros más o menos amplio, y se entra y se sale de ella según unos requisitos determinados. El *Movimiento Seglar Pasionista*, en cambio, está formado por todos aquellos que, de un modo o de otro, viven o aspiran a vivir más de cerca la espiritualidad de la pasión.

En este movimiento caben todas las estructuras y organizaciones, pero es mucho más: las rebasa todas. Es

<sup>1</sup> Boletín «STAUROS» 1987-7, Málaga 1987, p. 41

una actitud, un estilo de vida, un espíritu que anima al seglar y le sumerge en los grandes misterios de la pasión, muerte y resurrección de Jesús.

Así, ha de ser, en primer lugar, *movimiento*, bajo la acción del Espíritu que sopla. Los que están en él han de sentirse movidos hacia la santidad y hacia el apostolado, tener «pasión» por vivir y comunicar a los demás ese tesoro de los tesoros, que es la pasión de Cristo.

Ha de ser *seglar*, esto es, ha de estar formado por laicos o seglares de cualquier edad, sexo o condición social. Hay que quitarle todo aquello que pueda tener connotaciones de vida religiosa o de instituto secular, aunque, algunas veces, las almas desearían ardientemente consagrarse a Dios en la vida religiosa o en otro estado de vida consagrada, como es precisamente el caso de Lucía Burlini o, más recientemente, de santa Gemma Galgani, que quisieron ser religiosas pasionistas.

Luego, ha de ser *pasionista*. Todos han de estar enraizados «en» y nutrir su espiritualidad fundamentalmente «de» las riquezas inmensas de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. También sentirse de algún modo vinculados a la gran familia pasionista de hombres y mujeres que tienen como padre, guía y maestro espiritual a san Pablo de la Cruz.

Además de los dos ya indicados, podríamos poner en esta lista otros muchos nombres de seglares de santidad eminente como Inés Grazi, Rosa Calabresi y Tomás Fossi, dirigidos espiritualmente por el mismo san Pablo de la Cruz. O la gran mística romana Teresa Palminota, la famosa estigmatizada siciliana Lucía Mangano, que

luego se hizo religiosa, y tantos más, dirigidos posteriormente por pasionistas.

Profundamente admirado ante el gran número de almas santas que Dios ha conducido a los religiosos pasionistas para su dirección espiritual, un escritor italiano dice: «Ciertamente no han sido ellos los que han hecho los santos; pero pudieron ser instrumentos de Dios para la santificación de los demás, porque conocían ya por propia experiencia las pruebas que acompañan al alma en el camino escabroso de la perfección evangélica».<sup>1</sup>

Lucía Burlini, la humilde tejedora de Piansano, ha sido una de las primeras que han formado este gran *Movimiento Secular Pasionista*. De las primeras por el tiempo, porque fue dirigida por el mismo san Pablo de la Cruz, y de las primeras, porque vivió con toda intensidad el misterio de la pasión de Cristo, llegando a ser abrazada por el mismo Jesús crucificado. Y también de las primeras, porque difícilmente habrá un seglar que se haya identificado tanto con la congregación pasionista.

Ella, con sus compañeras, procuraba alimento y las cosas necesarias al convento pobrísimo de Nuestra Señora del Cerro, siendo considerada en la comunidad como de familia. Además orientaba las almas hacia san Pablo de la Cruz y, a veces, las preparaba entrevistas con él, para que resolvieran sus problemas espirituales y se santificasen bajo su dirección. «Diga a Lucía y a sus compañeras que sus oraciones me serán más gratas que

<sup>1</sup> Divo Barssotti, *Spiritualità della Croce*, Ed. Eco, S. Gabriele 1980, vol. V, p. 8. Cf. *Boletín «STAUROS»* 1987-7, Málaga 1987, p. 40.

sus saludos», escribía él al sacerdote Juan Antonio Lucattini.<sup>2</sup>

San Pablo de la Cruz la llama en sus cartas «hermana mía amadísima», «hija mía en Jesús Crucificado», «esta alma grande», «nuestra hermana», y con el escudo pasionista de su hábito que le envió por medio de dos de sus religiosos, en cierta ocasión la curó de una grave enfermedad. En su itinerario espiritual Lucía Burlini llegó hasta el matrimonio místico con Cristo.

De una de las primeras conversaciones que tuvo con san Pablo de la Cruz, la humilde tejedora de Piansano dice simplemente: «Me habló con tanta eficacia de Dios... Yo quedé fuera de mí... Sólo puedo decir que SE ME COMUNICÓ SU ESPIRITU de tal manera que me sentí más que nunca enervorizada para amar y servir a Jesús en su pasión».<sup>3</sup>

En la actualidad existe en muchas partes un *Movimiento Secular Pasionista* «organizado». Son almas que viven intensamente la espiritualidad de la pasión, y que se organizan para ayudarse mutuamente a vivirla cada vez con más intensidad y para dedicarse al apostolado en todas sus formas. Pero reducir a estas organizaciones el *Movimiento Secular Pasionista* sería limitarlo demasiado. Hay todavía muchísimas más almas que viven ese mismo espíritu en el mundo, sobre todo como fruto de las misiones populares de los hijos de san Pablo de la Cruz. O en torno a las comunidades pasionistas, a las

<sup>2</sup> L II, p. 807.

<sup>3</sup> *Processo Ordinario di Corneto*, f. 429r; cf. B. N. Bordo, op. cit. Roma 1988, p. 74.

que acuden en busca de dirección, apoyo y ayuda espiritual, y para compartir con los religiosos y religiosas ese espíritu de familia. También ellas se sienten de algún modo miembros muy queridos de esa gran familia, aunque desde su condición de seglares.

Este era precisamente el caso de la Venerable Lucía Burlini, la humilde tejedora de Piansano, que bien podría ser la patrona especial de todo *Movimiento Seglar Pasionista*.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Para más información sobre el *Movimiento Seglar Pasionista*, cf. Martín Bialas - Pablo García, *Predicamos a Cristo Crucificado y Resucitado*, Sígueme, Salamanca 1989, pp. 181-185.

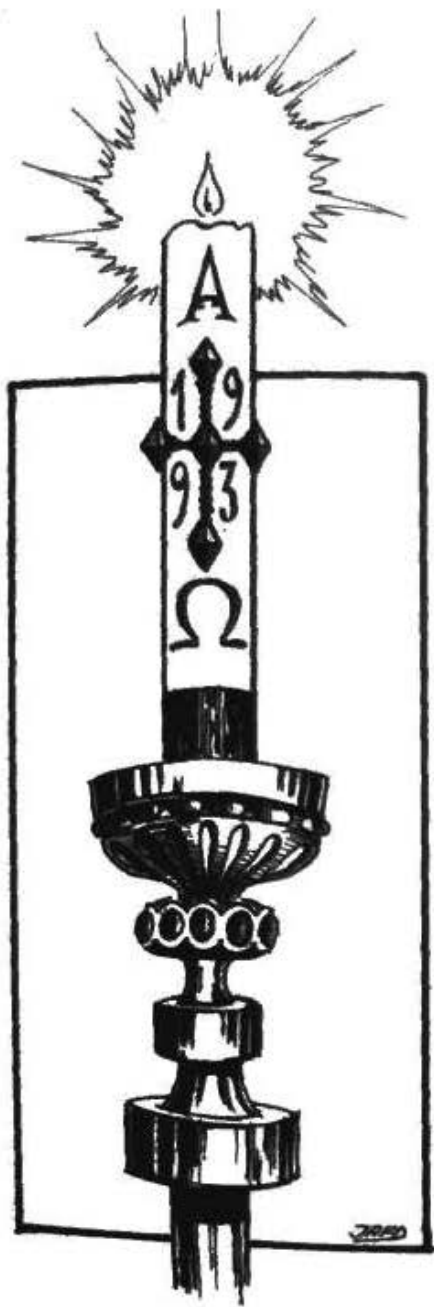
## LUCIA, LUZ DE CRISTO

Después de haber celebrado el Viernes Santo los misterios de la pasión y muerte de Cristo en la cruz, en la noche del Sábado Santo, la Iglesia celebra la gloria de la Resurrección del Señor.

Esa noche santa «*en que se une el cielo con la tierra, lo humano y lo divino*», esa noche santa, digo, se enciende el cirio pascual, que representa al Señor resucitado. Luego, levantando el cirio encendido y mostrándolo a los fieles, el diácono, o el sacerdote celebrante, canta: «*Luz de Cristo*», a lo que todos contestan también cantando: «*Demos gracias a Dios*».

La humilde tejedora de Piansano era una de esas velitas encendidas en el cirio pascual, esto es, en Cristo. En su vida, participó intensamente en la pasión, cruz y muerte de Jesús. Fue siempre cirio encendido, ardía de amor y lucía. Hasta su nombre refleja esta realidad: *Lucía*.

Han pasado ya casi tres siglos desde que se encendió esa luz en su bautismo, el día 24 de mayo de 1710.



Lucía, «luz de Cristo»  
«Demos gracias a Dios».

Y *Lucía* luce todavía, incluso ahora más que nunca. Es llama viva y, como tal, irradia luz y calor. Y apunta siempre inquieta hacia arriba. *Lucía* no ha muerto, vive para siempre. Y Dios la quiere glorificar, porque ella le glorificó a él a lo largo de sus casi 79 años en los que sufrió, trabajó y amó acá en la tierra. Por eso la Iglesia la ha proclamado ya *Venerable*. Es la *Venerable Lucía Burlini*, flor predilecta del jardín de la pasión en el mundo y fruto bien generoso de la espiritualidad pasionista seglar bajo la sabia dirección de san Pablo de la Cruz.

Sigue su ejemplo. Imítala. Sé también tú una vela encendida en el cirio pascual, que es Cristo. Consúmete dando luz y calor a este mundo, que tanto lo necesita.

Y encomiéndate a ella, a la *Venerable Sierva de Dios Lucía Burlini*, que sin duda tiene un poder muy grande en el cielo.



## ORACION PARA PEDIR GRACIAS

Señor Jesucristo, que, por medio de tu pasión, has querido elevar a la más alta perfección a tu fiel sierva, la Venerable Lucía Burlini.

Ella se santificó en su trabajo, en su vida de familia y en medio de innumerables pruebas y enfermedades.

Por su valiosa intercesión, te pido me ayudes a santificarme también yo en el estado y condiciones de vida en que tú has querido ponerme. Dame un amor tan grande a ti y a mis hermanos, que me identifique totalmente contigo en tu pasión, en tu muerte y en tu resurrección.

Además, te ruego me concedas la gracia especial, que confiadamente vengo hoy a pedirte por su intercesión. (*Pídase la gracia que se desea alcanzar*).

Con la Venerable Lucía Burlini y con todos los santos, te alabo y te bendigo por los siglos de los siglos. Amén.

Para comunicar gracias recibidas o para más información, dirigirse a:

**ITALIA**

Postulazione Generale Passionista

Piazza Ss. Giovanni e Paolo, 13

00184 ROMA

## INDICE

Introducción.....	9
Vocación a la santidad.....	13
Abrirse a la vida .....	17
El trabajo .....	23
En busca de director espiritual .....	29
Plan de vida .....	35
El ángel de la Providencia .....	41
Cartas de una analfabeta.....	47
Más sobre las cartas de Lucía.....	53
El abrazo de Jesús crucificado.....	59
Peregrina de Loreto .....	67
Abrirse a la eternidad .....	71
“Y ensalzó a los humildes” .....	77
¿Por qué no se hizo pasionista?.....	81
Lucía Burlini y el Movimiento Seglar Pasionista ..	89
Lucía, luz de Cristo .....	95
Oración para pedir gracias.....	98

